

La vida y la muerte del stalinismo

Capítulo 6

El stalinismo y el mundo de la posguerra

1. La derrota de la clase obrera

La destrucción del estado obrero soviético condujo a la derrota del resto del proletariado revolucionario frente al capitalismo mundial a fines de la Segunda Guerra Mundial. Los movimientos obreros de la posguerra fueron aplastados o desviados hacia la colaboración de clases, y las revoluciones tercermundistas fueron conducidas por el sendero del nacionalismo burgués. Como resultado, el imperialismo logró comenzar una nueva vida. La advertencia de Trotsky (citada en el capítulo dos) fue acertada: el equilibrio se dio sobre el aplastamiento de la clase obrera derrotada, acción que condujo a un periodo de prosperidad sin precedentes. La época de decadencia capitalista se extendió de forma significativa.

Superficialmente no parece que todavía vivimos en la época de decadencia. Sin embargo, durante la primera mitad del siglo ocurrieron dos devastadoras guerras mundiales, la Gran Depresión de los años treinta, el triunfo simultáneo del fascismo y el stalinismo, confirmando ampliamente el retrato de la época dibujado por los marxistas. Pero la historia posterior a la Segunda Guerra Mundial, con su *boom* expansivo en los países imperiales y cuatro décadas sin guerras inter-imperialistas, se ve diferente. Aunque el boom de la posguerra ha finalizado y la posibilidad de una crisis severa se discute ahora ampliamente entre la burguesía occidental, la visión prevalente – entre la intelectualidad conservadora como entre el proletariado y la burguesía – es que el capitalismo ha sido exitoso. El colapso de los regímenes “socialistas” orientales provee la confirmación.

En este capítulo analizamos el mundo post Segunda Guerra Mundial, con especial atención al impacto del stalinismo sobre el mismo. Veremos que el stalinismo tuvo una función clave en mantener fuerte al imperialismo. Además analizaremos el origen del mundo de posguerra, haremos una evaluación del imperialismo en su totalidad, y, finalmente, discutiremos el surgimiento y el declive de la forma stalinista de imperialismo.

El imperialismo entre las guerras mundiales

Comenzamos con una breve mirada al imperialismo posterior a la Primera Guerra Mundial. Además del aislamiento de la URSS y la derrota de las revoluciones obreras en otros lugares, el resultado de aquella guerra fue la supresión de los imperialistas derrotados y su confinamiento dentro de sus fronteras nacionales. EE.UU. fue el vencedor principal que se convirtió, por vez primera, en acreedor neto de los mercados financieros mundiales y en exportador de bienes industriales; es decir, se unió a las filas principales de los poderes imperialistas. Pero este resultado no fue suficiente para aliviar la crisis de época que había producido la guerra mundial. Ninguna de las grandes potencias era lo suficientemente poderosa como para dominar al mundo

por si sola; ninguna se había eliminado como contendiente imperialista (con la excepción de la Rusia soviética). El sistema prosperó durante un corto periodo sobre los despojos de guerra y la reconstrucción – todo producto de la misma, pero entonces el desastre ocurrió de nuevo.

Principalmente debido a la Gran Depresión, la década de los años treinta se caracterizó a través del mundo imperialista por una creciente fusión entre el capital y el estado. Además, de sus funciones de coerción acostumbradas y en crecimiento sobre la clase obrera y la supervisión de la competencia capitalista, el estado asumió el rol de órgano central para la organización de la economía en su totalidad. Esto fue más extenso para los imperialistas tardíos y para aquellos debilitados por la Primera Guerra Mundial, que tuvieron la menor oportunidad para la expansión imperial. Esta tendencia fue prominente en la Alemania nazi, el Japón militarista y la Italia fascista y también fue expresado en el New Deal (Nuevo Trato o Reparto) de los EE.UU..

El Nuevo Trato no podía ser resuelto por una nueva expansión imperialista, ya que todo el planeta era ya propiedad imperialista y podía únicamente ser redividido. Las tensiones resultantes condujeron a intensificadas rivalidades, la división del mundo en bloques monetarios y el colapso precipitado del comercio, todos factores que condujeron inevitablemente a una nueva guerra mundial. Los límites nacionales de la concentración de capitales se habían alcanzado y ahora tenían que ser rebasados.

La guerra fue la única solución burguesa al desempleo y a la pobreza masiva. Por ejemplo, en las profundidades de la Depresión en los EE.UU., por lo menos una cuarta parte de la fuerza laboral se vio desempleada y la tasa de ganancias bajó por debajo de cero. Hubo sus altos y bajos durante la década, pero el proceso normal de recuperación capitalista nunca se afinó; ni aun con el Nuevo Trato de Roosevelt, programa auspiciado por el estado con el propósito de reactivar la economía, se pudo terminar con la crisis. La Depresión, la cura capitalista común para sus crisis periódicas a expensas del proletariado, no logró ser una solución efectiva.

En Alemania la crisis de principios de los años treinta fue mayor aun y los métodos burgueses fueron correspondientemente más drásticos. Se desplegó el nazismo contra los trabajadores para demoler sus poderosas organizaciones, para reducir sus estándares de vida, y para disciplinarlos mediante un estado policiaco – todo esto con el propósito de obtener la máxima extracción de plusvalía. La crisis también condujo inexorablemente al rearmamento y a la política de conquista militar de nuevos territorios para la explotación.

El stalinismo y la Segunda Guerra Mundial

Pero cualesquiera que fueran las ambiciones expansionistas nazis, la Segunda Guerra Mundial no se podía haber dado sin la victoria del stalinismo en la URSS. Las guerras se pueden desatar bajo la presión de leyes económicas y políticas mas allá del control de las clases dominantes; pero sus deseos sin embargo son un factor, y a la luz de los eventos revolucionarios que acontecieron posterior a la Primera Guerra Mundial, estas tenían el riesgo que presentaría otro conflicto que pudiese provocar que los trabajadores se deshicieran del capitalismo de una vez por todas. Para el año 1939 los gobernantes vieron que tenían muy poco que temerle al proletariado: los trabajadores alemanes habían sido aplastados (con la ayuda de los stalinistas), el Comintern había probado su lealtad al contener la Revolución española y garantizar su derrota – y entonces la contrarrevolución se completó en la misma URSS.

El pacto Hitler-Stalin bajo el cual comenzó la guerra sorprendió a los simpatizantes soviéticos de todas partes del mundo aunque era previsible: los gobernantes soviéticos habían abandonado todos los métodos de defensa que no fuesen militares y diplomáticos. El pacto no constituía un rompimiento cualitativo; significaba únicamente un fracaso momentáneo de las alianzas con los imperialistas “democráticos” que se habían tratado y se tratarían de nuevo. No le puso fin a la colaboración de clases; simplemente cambio de socios. En el Occidente los partidos comunistas cambiaron de chovinistas pequeño burgueses a pacifistas pequeño burgueses; en Alemania, se acercaron sin éxito a los nazis en busca de un acuerdo.

Este pacto se firmó debido a que los EE.UU., Francia e Inglaterra todavía desconfiaban de la tierra de la Revolución Bolchevique – aunque aceptaban los beneficios de la política stalinista que mantenía a sus trabajadores en línea. Tenían razón: los trabajadores radicales de todas partes todavía veían a la URSS como la encarnación de la revolución proletaria. Y aunque los diplomáticos occidentales objetaban estruendosamente contra el bloque de Stalin con Hitler, le probó algo a ellos: que ahora Moscú era capaz de cualquiera iniquidad – como cualquier poderío nacionalista normal. En este sentido irónico el pacto sentó las bases para las subsiguientes alianzas victoriosas de la Segunda Guerra Mundial.

La alianza nazi-soviética era altamente inestable. A nivel diplomático, sus acuerdos secretos eran testigo de las metas imperialistas soviéticas en Europa oriental y Asia occidental, pero también demostraban que los intereses territoriales rusos eran prevalecientemente regionales. Mas aun, el crecimiento industrial soviético requería de la importación de tecnología occidental y una reducción de la carga de producción armamentista; por lo tanto, el stalinismo era conservador, con miras a establecer la estabilidad internacional.

Por otro lado, Hitler gobernaba un bastión imperialista acorralado que se veía obligado a romper el control sobre los mercados mundiales de los poderíos coloniales (Inglaterra, Francia, etc.) y los EE.UU. La Alemania nazi era por lo tanto un elemento desestabilizador y radical en el escenario mundial. Y aunque Alemania se había dividido a Polonia con la URSS al comienzo de la guerra, su impulso iba dirigido a explotar a Europa oriental y, inevitablemente, a Rusia – lo que impedía tolerar a largo plazo el tratado con Stalin.

Mas aun, en países donde tanto los partidos stalinistas como fascistas existían no podían colaborar seriamente sobre la política domestica. El atractivo del nazismo al capital se basaba en su habilidad para aplastar a las organizaciones independientes de la clase obrera, mientras que los stalinistas fuera de Rusia se encontraban todavía atados a estamentos e instituciones de esa clase. Por estas razones la alianza tenía que necesariamente ser de corta duración.

Una alianza alterna de los “demócratas” con Stalin fue por lo tanto necesaria, y durante la guerra se estableció sobre las bases del nacionalismo soviético como también sobre las bases de los intereses imperialistas generales. Stalin le expresó sus deseos imperiales a sus aliados occidentales como lo había hecho con Hitler, y se le garantizó a la URSS su propia esfera de intereses a la par con los poderíos occidentales. Durante la guerra, la resistencia soviética a la ofensiva alemana se condujo bajo la bandera no del socialismo sino de la patria, y el Comintern fue oficialmente desbandado para calmar los restantes temores burgueses a la revolución. Hasta el himno “La Internacional” fue prontamente eliminado y reemplazado con un himno nacionalista.

Internacionalmente los partidos comunistas defendieron al estado soviético y profundizaron sus orientaciones nacionalistas domesticas, especialmente en los países ocupados por los nazis posterior a la invasión de Rusia. Estos partidos jugaron papeles de dirección en los movimientos de resistencia, orientando a los trabajadores a que subordinaran sus intereses independientes y revolucionarios a la restauración nacional burguesa. En el Occidente se convirtieron en los partidarios mas disciplinados de la producción bélica, utilizando su influencia para sofocar hasta las huelgas en las industrias no bélicas. La magnitud del rol contrarrevolucionario de los stalinistas se esclarece al compararla con las esperanzas de un reconocido partidario de aquellos tiempos:

“Existe una fuerte evidencia que la existencia de la Unión Soviética y su política consistentemente anti-imperialista, ejerció un fuerte efecto desintegrador sobre la cohesividad de la estructura total del imperialismo... parece no ser improbable que los efectos desintegrantes sobre el imperialismo del subsiguiente crecimiento del socialismo pesará mas que los efectos de consolidación [de la alianza en tiempos de guerra]..

“Comenzamos con la suposición de una derrota militar del fascismo alemán. Este evento feliz, que puede ser postulado, será seguido por el colapso del dominio capitalista y la victoria del socialismo sobre una parte considerable de la totalidad del continente europeo, no solamente en Alemania y los países ocupados pero también en Francia, Italia y España. Los intentos anglo-americanos de intervenir no son excluidos, pero nos parece casi imposible que sean exitosos.... El socialismo tendrá una base inexpugnable que se extenderá del Atlántico al Pacífico.... Una alianza firme con los países coloniales y semicoloniales de Asia seguirá.... La evolución del Lejano Oriente entero, incluyendo a la India, la China, y el Japón, en una revolución socialista ahora será asegurada....”

Tales esperanzas de la extensión del socialismo bajo la guía stalinista solamente podía sostenerse por personas sin una idea de cuales transformaciones se habían dado ya en la “tierra del socialismo”. El fascismo fue demolido por los ejércitos soviéticos, pero el resultado no fue ni siquiera la victoria del stalinismo en Europa; entendimientos entre los imperialistas condujeron a la división de Europa y Asia, donde los EE.UU. se apropiaron de la mayor porción. El stalinismo demostró ser el ingrediente principal de la sobrevivencia del imperialismo, y no de su defunción.

El grado de corrupción de los partidos stalinistas de la clase obrera se puede apreciar con el caso del partido comunista norteamericano. Durante la Segunda Guerra Mundial, este partido apoyó la encarcelación estatal de miles de japoneses norteamericanos basándose solamente en su raza; apoyó con mucho entusiasmo el enjuiciamiento de los dirigentes trotskistas bajo la anticomunista Acta Smith (ley que muy previsiblemente se utilizó contra el mismo partido comunista norteamericano finalizada la guerra); se opuso a las protestas antirracistas del movimiento negro norteamericano basándose en que perturbaban la unidad en tiempos de guerra; luchó contra huelgas obreras utilizando la excusa de que sabotaban la producción bélica; y estuvo de acuerdo con la muerte en masa de civiles producto del bombardeo atómico de dos ciudades japonesas.

El stalinismo posterior a la guerra

El stalinismo surgió fortalecido de la guerra. La base de su fortalecimiento fue la contrarrevolución en la URSS, que le dio a la burocracia el poder de clases y su propio capital

nacional, permitiéndole servir como accionista y bastión del imperialismo en su totalidad. Los comunistas también habían alcanzado una posición dominante dentro del proletariado mundial a través de la autoridad de la Revolución Bolchevique complementada con la victoria soviética sobre el fascismo. En la Europa oriental los partidos comunistas y el ejército soviético suprimieron los alzamientos obreros para consolidar el control stalinista. En Francia e Italia los partidos comunistas utilizaron su poder y prestigio para romperle la columna vertebral a las potenciales revoluciones. En Vietnam, Norte de África y otras colonias pavimentaron el camino para que el imperialismo repusiera su dominio.

Es raras veces recordado que al final de la guerra se produjeron levantamientos obreros a través de Europa. Bajo condiciones de miseria y hambruna en los territorios desolados por la guerra, el capitalismo se encontraba desacreditado por todos lados. Los trabajadores se alzaron para expulsar a las autoridades burguesas de las fábricas y administraciones locales, y tomaron pasos para reestablecer economías en funcionamiento; no tenían necesidad de patronos y reclamaron abiertamente el socialismo. Para ilustrar tanto el estado de ánimo del movimiento proletario de masas y el rol de los partidos comunistas, citamos un vívido recuento histórico de algunos eventos acontecidos en la Italia ocupada por los nazis entre el 1944-45 durante la invasión anglo-americana:

“Para los soldados aliados que llegaban a la región de Roma la experiencia fue de hecho extraña. Italianos armados, frecuentemente con camisetas rojas, agitando banderas rojas, le daban la bienvenida, frecuentemente después que habían creado sus administraciones locales. Los ejércitos aliados dejaron de lado a muchos de la resistencia, y hasta los amenazaron con el paredón; arrestaron a muchos y los lanzaron a las cárceles. ...”

“A pesar de las políticas anglo-americanas y la represión alemana, a principios de la primavera del 1945 la resistencia contaba con 150.000 hombres, apertrechados con una creciente cantidad de armas abandonadas o capturadas a fascistas o alemanas. El éxito era inminente, y los hombres se unían. ...”

“Los obreros de Milán, algunos 60.000 de ellos, se rebelaron... con poca sangre vertida, tomaron el control de las fabricas, formaron consejos obreros y ajusticiaron a los fascistas. Entonces en Turín, contra una oposición alemana fuerte, tomaron rápidamente la ciudad. A través del norte de Italia la resistencia ejercía el control por todas partes, rápidamente ejecutó cerca de 20.000 fascistas o colaboradores. La resistencia triunfa y ejercía el poder. ¿Estaba Italia al borde de la revolución?”

“Los militares aliados no perdieron tiempo en averiguarlo. Sabían que era necesario desarmar a los de la resistencia y apoderarse de los gobiernos locales. El desarme, como lo revela los archivos del gobierno militar, los anglo-americanos lo lograron con un asombroso éxito.”

“Con banderas rojas y el poder en sus manos, 150.000 obreros desaparecieron en un momento, y los casi morbosos temores de los ingleses y norteamericanos fueron completamente quiméricos. ¿Por qué?”

“... No hay duda que los comunistas salvaron el Viejo Orden en Italia. Como si por necesidad renuente los norteamericanos gradualmente reconocieron el rol conservador del partido comunista cuando les convenía, y lo ignoraron cuando violaba preconcepciones más convenientes. Al desarmar la resistencia los anglo-americanos tomaron la decisión de ‘asegurarse de la confianza

de los comandantes de la resistencia y condujeron el desarme a través de ellos. ...’ ... En ambos casos los dirigentes estaban dispuestos a cooperar, principalmente debido a que la mayoría eran comunistas”.

En los países donde la vieja burguesía colapsó posterior a la guerra, los partidos comunistas cautelosamente asumieron el poder ellos mismos. Los nuevos regimenes por lo general se basaban en una alianza stalinista con colaboradores burgueses, basados en las derrotas obreras. A la luz de la creencia en las posibilidades revolucionarias del stalinismo sostenidas por tantos trotskistas del presente, presentamos el ejemplo de Polonia, ya que los eventos en ese país fueron bien bosquejados por Ernest Mandel en ese momento:

“Cuando el Ejército Rojo se acercó a Polonia, ese país se encontraba en un torbellino de rápido ascenso revolucionario. Los trabajadores ocuparon las fábricas, establecieron el control obrero sobre la producción, establecieron comités fabriles, etc. En ese momento, se podía decir: que había comenzado la revolución proletaria en Polonia. Pero la intervención política de la burocracia soviética fue principalmente contrarrevolucionaria. El Ejército Soviético fue utilizado para ‘restablecer el orden,’ restablecer la autoridad de los patronos y rápidamente reconstruir un aparato estatal burgués polaco”.

En otros países de Europa oriental las circunstancias fueron diferentes pero los resultados generales fueron similares. Los trabajadores no estaban todavía listos para regresar a vivir bajo el capitalismo. Por eso, los stalinistas declararon que estaban en agenda revoluciones “democráticas” y no socialistas y después de que los levantamientos obreros fueron aplastados, utilizaron su control de las fuerzas armadas para montar gobiernos frentepopulistas con los viejos partidos burgueses. Solamente después de varios años los partidos comunistas expulsaron a sus socios burgueses, completaron la nacionalización de la industria y establecieron los regimenes stalinistas que han durado hasta el presente.

Un elemento esencial de la contrarrevolución stalinista fue la eliminación de la dirección revolucionaria proletaria. Principalmente los trotskistas, que fueron conscientemente asesinados antes de la guerra en España y Rusia y posteriormente donde quiera que los stalinistas estuvieran en el poder. La matanza de los trotskistas soviéticos en particular significó la eliminación del estamento más avanzado y experimentado del mundo. Fuera de ahí los trotskistas tenían influencia únicamente en un puñado de países donde buscaban dirigir a los trabajadores y campesinos coloniales contra ambos bloques militares imperialistas. En Vietnam, los stalinistas, con armas suplidadas por la China de Chiang Kai Shek y el Occidente, los eliminaron totalmente al final de la guerra y le devolvieron el país al imperialismo francés.

A pesar de los errores políticos de los trotskistas durante la guerra, estos a menudo desplegaron un rol heroico. Lucharon tanto por el socialismo como contra el chovinismo nacional; estuvieron casi solos en su lucha contra el racismo anti-alemán en el Occidente (sobre todo en las secciones de los movimientos de resistencia antifascista bajo influencia de los partidos comunistas); bajo un riesgo enorme publicaron un periódico en alemán dirigido hacia los soldados alemanes del ejército nazi en la Francia ocupada. El descabezamiento de la clase obrera sobre todos los otros eventos contrarrevolucionarios no solo previno la revolución posterior a la guerra sino que descarriló al movimiento obrero durante muchísimo tiempo.

De la alianza a la Guerra Fría

El anhelo stalinista para actuar como miembro completo del club imperial se dejó ver en una de los acuerdos más clásicos del imperialismo. Aquí una descripción del mismo Winston Churchill sobre las negociaciones del Tratado de Yalta que le dio forma al mundo posguerra:

“El momento era apto para negociar, dije yo, ‘Vamos a llegar a un acuerdo sobre los Balcanes. Tus ejércitos se encuentran en Rumania y Bulgaria. Tenemos delegaciones, misiones y agentes allí. No tengamos desacuerdos de formas pequeñas. Por lo que concierne a Inglaterra y Rusia, ¿que tal te parece el dominio de 90% en Rumania, y nosotros el 90% de Grecia y nos dividimos 50-50 por ciento a Yugoslavia?’ Mientras se traducía esto escribí sobre la mitad de una hoja de papel lo siguiente:”

“Rumania – 90% Rusia y el resto 10%; Grecia – 90% Inglaterra (con acuerdo de USA) y 10% Rusia, Yugoslavia – 50-50%; Hungría – 50-50%; Bulgaria – 75% Rusia y los otros 25%”

“Le pase el papel a Stalin, que para ese entonces había escuchado la traducción. Hubo una pequeña pausa. Este tomo su lápiz azul y marco con aprobación la hoja y la devolvió. Todo se acordó en poco tiempo. ...”

Posterior a esto hubo un largo silencio. El papel escrito permaneció en el medio de la mesa. Luego de un rato yo declare, ¿No puede interpretarse de sobremanera cínica que hayamos resuelto estos asuntos, tan importante para millones de personas de una manera tan insensitiva? Vamos a quemar esta hoja de papel’. Stalin se interpuso declarando, Tu mantenla”.

Y se deshicieron del papel. Otro ejemplo de colaboración Occidente-Oriente siguiendo los lineamientos que indicase Churchill se dio en Grecia, que había sido cedido a la esfera de influencia occidental. Stalin contuvo las guerrillas griegas y le cortó la ayuda al cerrarle la frontera de sus satélites en los Balcanes. (El disidente stalinista Tito hizo su parte para el imperialismo al cerrarles la frontera yugoslava a los rebeldes en el 1949.) Durante la “pacificación” anglo-norteamericana de Grecia, miles de víctimas fueron ejecutadas y 14.000 fueron deportados sin juicio a campos de concentración insulares para sobreponerse al “adoctrinamiento comunista”.

Pero eso no fue todo. En Francia, por ejemplo, el partido comunista se unió al gobierno de posguerra de De Gaulle, donde votó a favor de enviar tropas destinadas a reconquistar Vietnam y ayudar a aplastar los alzamientos en el Norte de África y Madagascar.

La dominación compartida que sugiere las memorias de Churchill no se mantuvo durante mucho tiempo dado a las movidas del Occidente en la parte final de la guerra para acorralar a los soviéticos. Los temores de Stalin de una presencia imperialista “democrática” al pie de su país lo convirtió más precavido pero no afectó sus deseos de construir una gran alianza.

La ayuda militar norteamericana a las fuerzas anticomunistas (incluyendo a los colaboradores fascistas) fueron enviadas bajo la doctrina Truman que condujo a la alianza de guerra a su fin. Entonces el subsecretario de estado, Dean Acheson, describió como convenció al Congreso norteamericano de la necesidad de tal medida:

“Durante los últimos dieciocho meses, yo le dije, la presión soviética sobre los estrechos, sobre Irán y sobre el norte de Grecia ha conducido a los Balcanes a tal punto – que un altamente posible rompimiento soviético – puede hacer accesible a la penetración soviética a tres continentes. Como un barril de manzanas con una manzana podrida, la corrupción de Grecia infectaría a Irán como a todo lo que queda al oriente. También permitiría la infección de África a través del Medio Oriente y Egipto, Europa a través de Italia y Francia que ya se encuentran amenazados por los partidos comunistas domésticos mas fuertes de Europa occidental”.

Acheson se contuvo de señalar que los partidos comunistas occidentales estaban abiertamente dedicados a la reconstrucción del capitalismo, y no a la revolución socialista. La veracidad sobre la noción del fantasma del comunismo consistía en el deseo de las masas de todos los continentes que favorecían la libertad de la dominación extranjera y una mejor vida, todo esto resumido como el socialismo. Esa era la infección que tenía que ser puesta en cuarentena para favorecer los intereses de imperialismo y la dominación norteamericana, y no ningún deseo de parte de Stalin o las alegadas masas adoctrinadas para expandir el poder territorial soviético más allá de los satélites de la URSS en Europa oriental y el perímetro asiático.

Para finales de la década de los años cuarenta, los stalinistas habían completado efectivamente lo suficiente la tarea de aplastar el potencial revolucionario de los movimientos obreros a tal punto que ya el Occidente no los necesitaba más. Pero para mantener su dominio, el stalinismo se veía obligado a desplegar un nivel de militancia, para todavía aparecer peligroso en un mundo volátil. La victoria maoísta en la China, que Stalin no deseaba, no se podía reconocer como parte del movimiento mundial anticolonial y por esa razón tuvo que ser presentado como una conspiración dirigida por Moscú.

Bajo estas condiciones, los EE.UU. fueron capaces de presentar la “amenaza comunista” como una fuerza extraña con el propósito de concretizar una alianza nueva. Todavía existía una amplia militancia radical en la clase obrera, por esa razón los sindicatos obreros fueron purgados de radicales y se crearon cuerpos sindicales rivales. Los partidos comunistas fueron excluidos y expulsados de los gobiernos de Europa occidental, el macartismo en los EE.UU. revirtió las tendencias liberales e izquierdistas que eran prominentes desde la Gran Depresión, y los soviéticos fueron excluidos de la alianza imperial mediante la Guerra Fría.

Se logró un balance de poder entre lo que aparentaba ser dos mundos distintos y hostiles. Aunque estaban excluidos de membresía, los soviéticos continuaron apoyando la totalidad del sistema imperialista. Mientras que Europa y Japón mantenían sus rivalidades cada una con los EE.UU. y la una con el otro en balance, la URSS utilizaba su todavía potente influencia para contener las revoluciones tercermundistas. Las nuevas naciones del Tercer Mundo que habían alcanzado la independencia posterior a la guerra se convirtieron formalmente en neutrales y a menudo “socialistas” Las victorias nacionalistas iniciales , en la India sobre todo, parecían señalar hacia una vía fuera de domino imperial e inspiraban movimientos antiimperialistas por doquier. Pero mientras mantenían su amistad política con los soviéticos, las ex-colonias se reintegraron efectivamente a los mercados mundiales controlados por el imperialismo. Todo el balance, incluyendo el alegado rol de amenaza externa de Rusia, estaba dirigido a preservar la estabilidad – sobretodo para prevenir los levantamientos de la combativa clase obrera.

A través del periodo de posguerra, la Unión Soviética ha tratado de cumplir con un rol político de influencias dirigido a enaltecer sus oportunidades económicas. Esto no significa

necesariamente la intensificación de su rivalidad con el imperialismo occidental sino haciendo lo que fuese necesario para aumentar la estabilidad total. Es imposible comprender las políticas soviéticas asumiendo que fundamentalmente defienden intereses progresistas o que son el peligro más malévolo del planeta – las posiciones más comunes del “marxismo-leninismo”. El único análisis realista consiste en que son defensores de los capitales nacionales por doquier, condicionado por el modo particular de operación de la Rusia soviética.

Los partidos stalinistas

Nadie que había seguido el análisis de Trotsky sobre la degeneración del Comintern sería sorprendido por la voluntad stalinista de llevar acabo tales traiciones. Lo que fue sorprendente fue su capacidad para llevarlo acabo. Trotsky vio a los partidos stalinistas por los mismos caminos de los socialdemócratas chovinistas; únicamente rivalidades burocráticas transitorias inhibían su incorporación al reformismo tradicional. Aquí su evaluación de estos “ex-comunistas”, una vez que había determinado que el stalinismo era una fuerza contrarrevolucionaria:

“Con relación a la ex-Comintern, su base social, hablando propiamente, es de una naturaleza dual. Por un lado, vive de los subsidios del Kremlin, se somete a sus demandas, y, en este sentido, todo burócrata ex-comunista es el hermano menor y subordinado del burócrata soviético. Por otro lado, las variadas maquinarias de la ex-Comintern se alimentan de la misma fuente que la socialdemocracia, es decir, las superganancias del imperialismo. El crecimiento de los partidos comunistas en años recientes, su infiltración en los estamentos de la pequeña burguesía, su instalación en la maquinaria estatal, los sindicatos, parlamentos, municipalidades, etc., han fortalecido al extremo su dependencia en el imperialismo nacional a expensas de su dependencia tradicional del Kremlin”.

Este análisis era cierto pero incompleto. Durante la guerra los partidos comunistas no se desintegraron o disolvieron al interior de la socialdemocracia, a pesar de la disolución del Comintern. De hecho eran reformistas: contrario a los centristas, no vacilaron por nada en apoyar al capitalismo. Pero el suyo era un reformismo de un tipo cualitativo diferente de los socialdemócratas pluralistas. La naturaleza esencial de los partidos comunistas era ser defensores de los capitales nacionales y partidarios de la estatificación de capitales al más alto grado posible. Su meta era el “socialismo” como ellos lo entendían: una sociedad basada en el modelo soviético, con la industria controlada por el estado y la clase obrera fuera del poder. Por eso defendían los “intereses nacionales” por doquier.

En los países donde la vieja burguesía era muy débil para gobernar, los partidos comunistas tomaron el poder y llevaron acabo nacionalizaciones burocráticas. Pero buscaron primero dirigir una coalición de partidos burgueses ficticia para legitimizar su propia participación en defensa de los capitales nacionales. (Discutiremos la toma de poder stalinistas mediante nuestro análisis del trotskismo en el séptimo capítulo.)

Donde la burguesía era fuerte, como en los poderíos imperialistas occidentales, no obstante, los partidos comunistas reclamaban consistentemente un creciente rol para el estado. Perseguían políticas reformistas a partir de mediados de la década de los años treinta a través de alianzas frentepopulistas burguesas, debido a que cualquier medida tomada para fortalecer el rol económico de hasta un estado burgués se consideraba un paso hacia el “socialismo”. Como observó Trotsky, en las democracias burguesas los partidos comunistas florecieron en puestos

financiados por el estado y descansaban sobre secciones de la aristocracia laboral y la clase media. Posterior a la guerra, el estado se expandió por doquier como la vanguardia de las tendencias generales hacia la estatificación y el nacionalismo.

La inspiración y el rol directo del stalinismo fueron particularmente importantes en los países tercermundistas. La Revolución Rusa había originalmente despertado a trabajadores e intelectuales dedicados a la causa comunista sino también a miembros de la intelectualidad atraídos a la idea de una nación-estado independiente que fuese capaz de enfrentarse al imperialismo y sobreponerse a siglos de humillación. Los comunistas encontraron una base social entre los empleados del gobierno, un sector que se expandió grandemente tanto en el pasado imperial como en el presente nacionalista. Mas generalmente, ya que el imperialismo de tiempos de guerra dependía de la obtención del apoyo de las masas, se veía obligado a alentar sentimientos nacionalistas no solamente domésticamente sino también en las colonias; aquí la movilización de las masas bajo la consigna de la “democracia” requería de la utilización de la retórica de la autodeterminación con el propósito de contrarrestar la propaganda pro-Eje. Esto acrecentó el atractivo de los partidos comunistas y otras corrientes nacionalistas pequeñas burguesas.

La revolución permanente extendida

Los nacionalistas burgueses de los países oprimidos miraban hacia la URSS en busca de apoyo contra el imperialismo y como modelo para sus propios países. Una nueva nación-estado en esta época emerge en un mundo de fuerzas represivas inmensas e interdependencia económica. Para defenderse de los imperialistas debe ser capaz de un control altamente concentrado tanto de los capitales como del poder. La nación necesita movilizar y retener el grueso de su plusvalía internamente producida, para que los frutos de la explotación se utilicen domésticamente en vez de en el extranjero. También necesita reprimir a los capitalistas internos con intereses atados más directamente al imperialismo – como también mantener mas suprimidos a las clases productoras, cuyas aspiraciones de una mejor vida son alentadas por la lucha anti-imperialista. Estas condiciones requieren de un aparato estatal centralizado, y el modelo soviético lo proveía.

La independencia política para los nuevos estados y por lo menos una medida temporanea de poder económico fue el precio que el imperialismo se vio obligado a pagar para reestablecer estabilidad internacional bajo hegemonía norteamericana. Encarando una marea de rebelión de masas, los mas sabios imperialistas escogieron acomodarse a la misma, por este medio manteniendo influencia económica que asegurara el control político. En la mayoría de los anteriores países coloniales, la separación del imperialismo fue logrado por fuerzas pequeña burguesas no stalinistas que o no eran capaces de decapitar sus proletariados tan efectivamente como los stalinistas o no deseaban centralizar la propiedad al mismo grado. Pero también fueron capaces de alcanzar el poder debido a la derrota del proletariado mundial. La victoria del stalinismo es la llave que encerró la revolución de las masas coloniales oprimidas en una prisión nacionalista y las mantuvo bajo dominación imperial.

Sean stalinistas o no, los nuevos gobernantes nacionalistas veían como su meta la defensa y expansión del estado-nación y del capital nacional. A estos fines algunos escogieron darle la bienvenida a la inversión imperialista; otros prefirieron construir industrias locales con ayuda estatal para producir los bienes necesarios domésticamente en vez de importarlos. Casi todos utilizaron alguna forma de retórica socialista o populista para justificar el fortalecimiento del

estado y el capital. Y el nacionalismo como el imperialismo que lo engendra es altamente dependiente del estado nacional.

A la luz de esto, la teoría de la revolución permanente tiene que ser extendida. Un punto decisivo de la teoría de Trotsky era que la burguesía temía retar cualquier forma de propiedad, dado la amenaza en potencia del proletariado. Por lo tanto a través de este siglo ha sido incapaz de llevar a cabo las tareas democráticas y nacionales de la revolución burguesa; siendo la revolución internacionalista de los trabajadores objetivamente necesaria. Pero bajo condiciones específicas – donde el proletariado ha sido derrotado o decapitado y su amenaza a la propiedad ha sido temporariamente eliminada, y donde la burguesía tradicional es muy débil para presentar ni siquiera una ruptura temporera con imperialismo – elementos de las clases medias burocráticas son capaces de tomar las riendas del poder. Tales nacionalistas pueden hasta recurrir al peligroso paso de la estatificación de la propiedad, si los trabajadores han sido efectivamente excluidos de la actividad independiente.

Este corolario de la revolución permanente es crítico para entender la política internacional de la posguerra. La derrota de los trabajadores explica la creación de tantos estados stalinistas en el periodo posterior al fin de la guerra, y, de igual manera, explica la secuencia particular de eventos en el cual el proletariado fue empujado del medio antes de la nacionalización de la propiedad. La teoría ilumina los éxitos iniciales y el posterior colapso del nacionalismo tercermundista, la subsiguiente dependencia de estos países en la ayuda de los países capitalistas occidentales. Todas las formas de propiedad privada se interpenetraban en Rusia cuando Trotsky desarrolló la teoría por vez primera, y es mas cierto en el presente – cuando existe no solamente la propiedad interpenetrada sino la inescapable economía internacional.

Trotsky escribió una crítica brillantemente perceptiva de la política de Stalin sobre el “socialismo nacional” que aplica con igual fuerza a los países tercermundistas de la posguerra:

“El marxismo procede de la economía mundial, no como la suma de las partes nacionales sino como una ponderosa realidad independiente que es creada por la división internacional del trabajo y el mercado mundial, y, en la presente época, predomina sobre los mercados nacionales. Las fuerzas productivas de la sociedad capitalista ya hace mucho tiempo han crecido más allá de sus fronteras nacionales. La guerra imperialista fue una expresión de este hecho. Con respecto a lo productivo-técnico, la sociedad socialista debe representar un nivel más alto comparado al capitalismo. Tener como meta la construcción de una sociedad socialista nacionalmente aislada significa, a pesar de todos sus éxitos momentaneos, impulsar las fuerzas productivas hacia atrás aun comparadas con el capitalismo. Intentar, a pesar de todas las condiciones geográficas, culturales e históricas del desarrollo del país, que constituye una parte de la totalidad del mundo, realizar una proporcionalidad contenida de todos los sectores de la economía dentro de los límites nacionales, significa perseguir una utopía reaccionaria”.

De hecho, la independencia económica nacional para los países anteriormente coloniales solo puede ser temporal, durante el periodo de prosperidad relativa de la posguerra basado en la derrota de la clase obrera. Este fue el tiempo cuando los estratos medios burocráticos crecieron aceleradamente en todos los países, los económicamente avanzados y los semi-coloniales. Las ilusiones de terceros sistemas viables y nacionalismos tercermundistas reflejaban la autoinflacion de esos estamentos. Sus soluciones de capitales nacionalizados estatizados, reflejando al modelo stalinista, fueron presentadas como alternativas a las alternativas reales de la sociedad: la

burguesía y el capitalismo por un lado, y el proletariado y el socialismo por otro lado. Los nuevos gobernantes nacionalistas eventualmente tuvieron que romper con la fantasía de que no estaban atados al capitalismo internacional.

Sin embargo, la eliminación de la clase trabajadora del escenario político podía únicamente ser momentánea. La lucha proletaria no puede ser eliminada por el capital, por mas represivo que sea el estado; los trabajadores derrotados eventualmente se recobran, y las leyes de movimiento del sistema los impulsan continuamente a oponerse a los patronos. Esa es la realidad que ha engañado a todos los observadores de la escuela del “final de la clase obrera”, y hasta a los de la izquierda. Significa adicionalmente (como demostraremos mas tarde) que la revolución permanente se aplica también al bloque stalinista como a los países del capitalismo tradicional.

2. El imperialismo posguerra

A pesar de las grandes derrotas proletarias y el *boom* económico sin precedentes en los países dominantes del capitalismo occidental, el fin de la Segunda Guerra Mundial no fue el comienzo de una época nueva o superior del capitalismo. La prueba de que persiste la época de decadencia es la economía mundial de los años 70 y 80, cuando el parcialmente suprimido ciclo de crisis reapareció y los teóricos burgueses se aterrorizaron en voz alta sobre la amenaza de una nueva depresión. Las inmensas deudas internacionales del Tercer Mundo, Europa oriental y hasta de algunos países imperialistas principales confirmaron la naturaleza ficticia de muchas de las ganancias posguerra. La teoría de Lenin sobre el imperialismo como la época final del capitalismo persiste decisivamente para el entendimiento de las operaciones del sistema en el presente.

El *boom* inesperado

El balance de poder de la Guerra Fría no hubiese sido posible sin un *boom* de posguerra que trajo una considerable prosperidad a los países imperialistas y oportunidades de desarrollo hasta para algunas naciones anteriormente colonizadas y semi-colonizadas.

El *boom* se basó en los EE.UU. y en su victoria en la guerra. Contrario a todos los esfuerzos económicos del gobierno norteamericano durante la década del treinta que fracasaron en restaurar la economía, la guerra misma fue el único “proyecto publico” que la burguesía apoyara y que fuera lo bastante amplio para ponerle fin al desempleo masivo y restaurar las ganancias. El astronómico presupuesto estatal fue financiado mediante deudas, como lo fueron los de los aliados y del enemigo. Al principio, con una quinta parte de la fuerza trabajadora desempleada y una cuarta parte de la capacidad industrial sin utilización, la producción bélica creó un *boom* sin reducir la producción civil. En las palabras del famoso economista del Nuevo Trato, John Kenneth Galbraith, “La Gran Depresión de los años treinta nunca concluyó. Meramente desapareció bajo la gran movilización de los años cuarenta”.

La victoria norteamericana en la guerra también fue una victoria económica. La deuda norteamericana se pagó, pero los otros poderíos, aun los del lado vencedor, se debilitaron económicamente y terminaron tremendamente endeudados con los EE.UU. Japón y Alemania fueron sometidos a la dominación norteamericana durante muchos años, Inglaterra y Francia vieron disolverse sus imperios y sus ex – colonias penetradas por los norteamericanos – mas significativamente, los productores de petróleo del Medio Oriente. Rescatados del colapso

económico (y sus consecuencias políticas) por préstamos norteamericanos, Europa y Japón fueron también subordinados al orden mundial dominado por los norteamericanos.

El Plan Marshall, que fue decisivo en el esparcimiento del *boom* a los poderíos capitalistas europeos, no fue el plan de rescate para los económicamente devastados europeos según se explicó al mundo. El “rescate” llegó tres años posteriores a que la devastación de la guerra dejase a la gente en unas miserables condiciones opresivas. De hecho, fue únicamente después que los movimientos proletarios habían sido decisivamente derrotados bajo los dirigentes stalinistas y socialdemócratas – que los EE.UU. entraron a reforzar las economías europeas.

El *boom* no había sido anticipado ni por los analistas marxistas ni por los burgueses. Joseph Schumpeter escribió: “Todo el mundo le teme a un estancamiento posguerra amenazante – a partir de una reducción drástica de los gastos bélicos financiados por métodos inflacionarios como por la mera reorientación de la producción. La opinión general parece ser que los métodos capitalistas no serán igualados en la tarea de reconstrucción”. Los teóricos trotskistas razonaban de igual manera, como veremos en el próximo capítulo.

Lo que todos dejaron de percibir fue la oportunidad de extraerle plusvalía a la clase obrera avanzada que había sido sometida a unas grandes derrotas. Como escribiese una de las principales revistas de negocios sobre los trabajadores franceses posterior a la guerra: “Su estándar de vida en el presente es marginal en las estadísticas y todo menos soportable en la realidad”.

También fue importante el dominio industrial internacional de la industria norteamericana, que producía dos tercios de todo lo producido mundialmente. Este fue el ingrediente que faltaba de la escena económica posterior a la Primera Guerra Mundial. Ahora la hegemonía económica y militar norteamericana permitía una concentración mayor de recursos que en cualquier periodo anterior de la historia del capitalismo; el control sobre la plusvalía estaba centralizado a escala internacional. La combinación de altas tasas de explotación y un nivel sin precedentes de centralización internacional de los capitales le dio nacimiento al *boom*.

Las técnicas de intervención estatal aprendidas durante los años treinta se continuaron utilizando posteriores a la guerra en todos los países avanzados. Estas incluían subsidios a la industria mediante el presupuesto armamentista y otros gastos estatales, junto a los pagos sociales de desempleo y otros mecanismos para prevenir que los ingresos de la clase obrera descendiesen tan bajo como antes de la guerra. Estos métodos keynesianos fueron exitosos en el amortiguamiento de los cambios del ciclo comercial y el sostenimiento de la burbuja de prosperidad una vez esta había comenzado; sin ellos no hubiesen sido capaces de crear las masas de plusvalía que potenciaron al *boom*. Ese fue el logro de la hegemonía imperialista y la derrota del proletariado.

Un factor que ya se ha mencionado fue también importante: el aislamiento del radicalismo al interior de los movimientos obreros mediante la Guerra Fría. Una consecuencia fue la aceleración industrial y la aumentada productividad que fue asegurada por los capitalistas – a cambio de aumentos salariales que serían erosionados básicamente mediante la inflación (otra política keynesiana deliberada). Estos aumentos salariales de todos modos tuvieron que ser alcanzados mediante luchas militantes que la burocracia sindical acomodaticia mantuvo divorciada de las metas políticas amenazantes al capital. Luchas despolitizadas o angostamente

focalizadas reemplazaron las batallas más radicales que los trabajadores estaban profundamente interesados en desatar a finales de la guerra. Se fortaleció una aristocracia laboral reaccionaria en los países industriales avanzados. Por lo tanto durante las dos décadas posteriores a la guerra mundial, los jornales de la mayoría de los trabajadores de los países imperialistas avanzaron con una regularidad inesperada, pero el capital fue exitoso en la prevención del retorno de la conciencia proletaria que había sido aplastada en los años treinta.

La disponibilidad de la plusvalía en el Occidente contribuyó al agrandamiento de las clases medias cuello blanco, un vasto estamento de trabajo improductivo y un adjunto moderno de la aristocracia laboral. Como ya se había notado, la Segunda Guerra Mundial y la necesidad de contener al proletariado condujo a una gran expansión de los aparatos estatales en los centros imperialistas; en particular, las burocracias militares y corporativas crecieron excesivamente junto a la concentración del poder a nivel estatal que caracteriza la época.

Paradójicamente, el *boom* que se basaba tan fuertemente en la derrota de la clase obrera terminó creando la ilusión de una prosperidad obrera permanente y crecientes estándares de vida. Especialmente en los EE.UU., los años sesenta fueron embriagantes. El futuro aparecía luminoso para casi todos los que entraban a la etapa de adultos; en cierto punto durante la década la asistencia universitaria excedió el 50% de todos los egresados de las escuelas superiores, indicando que masas de juventud obrera pensaban que tenían una buena oportunidad para avanzar en la sociedad. Las revueltas negras del periodo, iniciadas por estudiantes universitarios, reflejaban una realización amarga que con tanta prosperidad a la mano la gente negra todavía estaba sujeta a condiciones intolerables.

El optimismo característico del periodo del *boom* posguerra se sintió también en la Rusia soviética. Kruschof predijo que sobrepasaría los niveles de producción norteamericanos; también se jactó durante el 22 congreso partidario en el 1961 que el “socialismo había triunfado totalmente y finalmente en nuestro país”, y “hemos entrado en el periodo de construcción en todos los niveles del comunismo”. Mas aun, “a todo el mundo se le asegurara la suficiencia material; y para finales de la segunda década [1980] se habrá asegurado una abundancia de beneficios materiales y culturales para toda la población”. Contraste estas aseveraciones con las evaluaciones sombrías de Gorbachov en el presente.

El capital ficticio

El boom engendró el crecimiento de una burbuja masiva de capital ficticio. El origen estándar del capital ficticio, la sobreevaluación de las inversiones (Primer capítulo) fue inflado por la creciente expansión de producción de desperdicios y la especulación. En el ciclo comercial clásico tales burbujas se explotaban periódicamente por las crisis periódicas; por el contrario, la burbuja de posguerra ha sido continuamente inflada. El peligro de un colapso cataclísmico como resultado de cada crisis cíclica que se avecina obliga a los gobiernos a tratar de posponer tales crisis mediante el agrandamiento de la burbuja de deudas – de esa manera aumentando las consecuencias potenciales de una explosión posteriormente mayor. En este sentido el *boom* de capital ficticio es un reflejo del poder latente de la clase obrera y su amenaza permanente contra el capital.

Los gastos estatales en armamentos, beneficios sociales alcanzados por los obreros y los subsidios a capitales ineficientes – crearon deudas públicas enormes a partir de la Segunda

Guerra Mundial, y el consecuente drenaje de contribuciones sobre las ganancias significó que una parte creciente de la inversión comercial tenía que provenir, por lo mismo, de fondos prestados. Más allá de un punto, las deudas ya no eran los gastos de una firma balanceando los ingresos de otra; constituyeron reclamos sobre la plusvalía que requerían posposiciones repetidas hacia el futuro. El acelerado crecimiento de deudas alcanzó un punto en el 1981 en el cual el mayor ingreso capitalista en los EE.UU. provino de los intereses en vez de las ganancias corporativas – la primera vez que ocurría esto desde los años de ganancias subcero durante los años treinta.

La creación del capitalismo del valor ficticio que amenaza con sofocar al sistema es una reflexión iluminadora de la inherente contradicción entre el impulso para acumular y la necesidad de preservar el valor del capital existente. La absoluta dedicación del capital a la maximización del valor lo conduce a generar formas de valor sin el respaldo de bienes materiales; entonces la dedicación de tanta plusvalía a la proliferación de valor en papel trastorna el crecimiento de la producción real. Un periodista económico señaló la visión de un destacado teórico burgués:

“Peter F. Drucker... mantiene que ha habido un cambio básico en la economía mundial. La economía ‘real’ de bienes y servicios y la economía ‘simbólica’ del dinero, crédito, y capital ya no están vinculados de cerca los unos a los otros, y, ‘se separan mas y mas’. La notable evidencia para apoyar esta tesis es proveída por la creciente disparidad entre el crecimiento lento de las verdaderas economías de los EE.UU. y otros países industriales y la exuberancia de sus mercados financieros. Ayer el promedio industrial Dow Jones [para el mercado de valores de Nueva York] cerró sobre 2000 por primera vez durante mucho tiempo, un incremento de 31% durante el último año. Pero la economía nacional creció únicamente 2.6% el año pasado... . De igual manera,... el Índice Mundial de la Perspectiva Internacional de Capitales de Morgan Stanley, una medida de rendimiento de los mercados globales de acciones, aumentó 39%, ajustado a la caída del dólar. Pero la verdadera economía mundial se encontraba en estancamiento”.

Los analistas burgueses temen, por supuesto, que la burbuja pueda ser perforada y miles de millones de dólares de capital ficticio, junto a sus dueños, serán eliminados. Después de todo, cuando las crisis destruyen valor, los valores ficticios son los primeros en desaparecer. Una antesala de lo que va a suceder fue proveído por el colapso del mercado de acciones en octubre de 1987, que desinfló la burbuja pero que bajo ningún concepto lo hizo lo suficiente para prevenir una explosión mayor mas tarde. Contrario a Cliff y a otros teóricos que ven a valores de uso desplazando valores como la meta de la producción capitalista (Primer capítulo), ocurre de hecho lo opuesto: al inflarse las burbujas de valor ficticio, el uso se separa más y más del valor. En la época de decadencia del capitalismo, el capital ficticio se convierte en un freno al sistema que solo podrá sobreponerse, en ausencia de revolución, únicamente a través de purgas volcánicas en la forma de grandes depresiones y guerras mundiales.

La situación es análoga a la condición de “crisis permanente” en la variante soviética del capitalismo. Igual a los gobernantes stalinistas que no pueden permitir que las empresas sean finalizadas sin poner en peligro su sistema, el capitalismo occidental no puede darse el lujo de permitir que las grandes corporaciones o bancos colapsen. Debido a que las grandes firmas están interpenetradas, el colapso de una destruiría a muchas de ellas. Debido a esta razón la Corporación Chrysler fue salvada por el Congreso norteamericano a finales de los años setenta. Aun bajo la administración de “mercados libres” de Reagan, el gobierno ha intervenido para

apoyar firmas y bancos fracasados si son lo suficientemente grandes. Cuando el banco Continental de Illinois, uno de los mayores del país, colapsó, fue ocupado y para todos los propósitos prácticos nacionalizado. Soluciones similares han sido utilizadas en la Europa occidental y Canadá.

El crecimiento del capital ficticio significa que una gran cantidad del capital en papel anda tras la búsqueda de un fondo muy reducido de plusvalía. Esto significa una decreciente tasa de ganancias (DTG), un reflejo de la ley que Marx analizara y que aplica especialmente durante la época de decadencia. La evidencia empírica sobre la DTG para el periodo posguerra demuestra que para el capital norteamericano la tasa general de ganancias se mantuvo balanceada en un promedio de 10% (con altas y bajas de 2%) en el periodo 1947-67, pero entonces bajó repentinamente a un promedio inferior al 6% del 1967-85.

Los reclamos excesivos sobre la plusvalía que surgen del *boom* del capital ficticio contribuyen a otra analogía occidental al stalinismo: el mantenimiento de la “infraestructura” de mala calidad de la industria, el transporte, y del ambiente natural. Cuando deudas masivas se tienen que pagar, las firmas y gobiernos son obligados a sacrificar todo el capital disponible al fondo de pago – no solamente sus ganancias sino también sus fondos de renovación de capitales constantes y de reparación. (Una porción de los capitales constantes puede fácilmente ser acreditado como plusvalía, de esta manera exagerando la verdadera tasa de ganancias.) El mundo ha confrontado desastres industriales no solamente en Chernobyl sino también en Three Mile Island, Windscale y Bhopal; no solamente esta el Lago Baikal contaminado y el Mar Aral se evapora, pero el Lago Erie se muere y el Río Rin es una alcantarilla química. Para ambas formas de capitalismo – la maximización del capital nacional significa la preservación de lo obsoleto y la decadencia ambiental sin importar el costo humano; ninguna de las formas tiene los recursos suficientes para resolver la crisis ocasionada por la descabellada desatención del sistema para el futuro.

Como bajo el stalinismo, la postergación de una crisis decisiva (y el reestructuramiento del capital que la acompañaría) ha significado que la base subyacente para las ganancias se ha debilitado y que el colapso, cuando se de, será peor aun. El periodo posguerra no ha exhibido hasta ahora ningún colapso total sino una serie de mini-crisis que han logrado destruir únicamente a capitales menores y fortalecido la mano de los monopolios dominantes. Pero la intocabilidad de los gigantes no es una condición permanente.

El final del *boom*

Las condiciones que crearon el boom a la larga cambiaron. La Guerra Fría y la inestabilidad mundial que generó condujeron a un tremendo crecimiento armamentista. Globalmente, los vastos presupuestos militares de tanto los países imperialistas como no-imperialistas formaron la mayor parte de los gastos estatales, un considerable drenaje de las inversiones productivas y, por lo tanto, incidieron sobre la renovación y expansión económica. Esta y otras técnicas keynesianas para el amortiguamiento del ciclo comercial dejaron las crisis sin resolver: el viejo capital no fue lo suficientemente desvalorizado y las industrias atrasadas continuaron operando. Las recesiones se hicieron menos profundas pero mas frecuentes; los ciclos de posguerra promediaron menos de cinco años en vez de casi diez años durante los tiempos clásicos.

Dos décadas sin un bajón mayor condujo a la sobreproducción a nivel mundial, especialmente cuando Japón y Europa occidental se recobraron de la destrucción causada por la guerra y

alcanzaron niveles altos en la manufactura. La combinación de la sobreproducción y el capital ficticio permitió menos salidas para la inversión productiva; a partir de allí siguió la plaga de la toma especulativa de corporaciones y una expansión de reclamos ficticios al valor. A principios de los años setenta re-emergió un ciclo de crisis serio, y los niveles de desempleo se salieron del reino de la “prosperidad”. Los EE.UU. e Inglaterra se convirtieron en ejemplos conspicuos de casos extremos de riqueza y pobreza en existencia uno al lado del otro.

Las decrecientes fortunas imperiales se aceleraron debido a los tremendos costos de la guerra de Vietnam, el principal intento occidental para someter las luchas nacionalistas contra el imperialismo. La derrota norteamericana fue un duro golpe al prestigio imperialista y una señal de que su hegemonía sin reto había llegado a su final. No es un accidente que el final del *boom* de posguerra condujo al crecimiento de las luchas obreras en el Occidente y Oriente. En la década de los años sesenta los trabajadores de los EE.UU. reclamaron su parte de una prosperidad decreciente mediante amplias huelgas espontáneas y los levantamientos de los barrios negros segregados; los trabajadores en Francia (1968) e Italia (1969) rompieron sus cadenas mediante luchas masivas. De igual, manera actuaron los trabajadores de Checoslovaquia y Polonia, países cuyas fortunas económicas habían crecido y decrecido en paralelo al Occidente.

El resultado ha sido que el capitalismo mundial padece de una crisis que continuamente se intensifica: y no de los tradicionales bajones periódicos – una repetición de condiciones de depresión para muchos bajo todo el brillo de la clase gobernante. En los EE.UU., que todavía se considera la locomotora de la economía mundial, el estándar de vida de la clase obrera no ha aumentado desde finales de los años sesenta. Una comparación reveladora ha sido que el ingreso promedio para hombres de cuarenta años de edad a partir del 1973 declinó durante la próxima década cerca de 1.5% anualmente; en los años cincuenta y sesenta había aumentado cerca de 2.5 % anualmente. La disminución es mayor entre trabajadores industriales cuya alta paga ha sido reemplazada por jornales miserables tradicionalmente reservados para los empleos de servicio cuello azul sin destrezas, y especialmente para trabajadores negros y latinos.

El hecho de que la expansión de los años de posguerra había llegado a su fin ha sido escondido por crecientes ganancias de papel y valores de los mercados de acciones. Pero otros presagios que señalaban hacia una depresión a largo plazo eran bastante fuertes. En el año 1987 el desempleo efectivo fue de sobre 25% en los EE.UU., con sobre 7 millones de trabajadores desempleados de acuerdo a los números oficiales, otros 6 millones “desanimados” y no oficialmente bajo la categoría de los que buscaban empleo, junto a una enorme cantidad de 18 millones que trabajaban menos de la mitad de una jornada para un ingreso anual por debajo de los \$10.000 – un nivel comparable al de los años treinta. Esta situación todavía no ha penetrado a la conciencia de la mayoría de los trabajadores norteamericanos. Un comentarista sintetizó el problema para la clase dominante:

“Tarde o temprano, un estándar de vida decreciente también será dinamita política. Cuando se den cuenta suficientes norteamericanos que no pueden albergar esperanzas de vivir mejor que sus padres, o hasta tan bien, su reacción puede alcanzar la indignación o hasta peligrosidad”.

Esto es correcto. La burguesía entiende que la clase obrera es más poderosa de lo que aparenta ser bajo su dirección reformista. La impopular guerra de Vietnam, por ejemplo, se combatió bajo una receta de “armas y mantequilla” – los jornales se mantuvieron relativamente altos para

prevenir explosiones sociales. Quince años más tarde, cuando las decrecientes ganancias condujeron a un ataque capitalista conjunto contra los jornales obreros, el presidente Reagan tomando la iniciativa aplastó al sindicato de los contralores aéreos (PATCO). Pero la burguesía no se atrevió a darle paso a una guerra general contra los sindicatos. Y frente a la necesidad desesperada de mayor productividad y ganancias, cuando los patronos habían girado hacia la incorporación de inventos como “círculos de calidad de la vida” destinados a someter más aun a los trabajadores, la austeridad fue real pero su ritmo se mantuvo bajo. La burguesía retrocedió ante una confrontación decisiva.

Internacionalmente, la hegemonía económica norteamericana no podía durar para siempre. La industria en el Japón y la Europa occidental se expandió y modernizó mas rápidamente, al no estar sujeta a la carga armamentista. La resultante competencia (incluyendo la de las industrias, muchas de propiedad imperialista, en los países en “desarrollo”) ha conducido a algunos sectores industriales como al acero, textiles y a los astilleros a permanecer anticuados. Pero cuando la economía norteamericana se debilita, entonces por su centralidad y tamaño relativo a la economía mundial, por extensión el capitalismo mundial en su totalidad sufre. Otro factor lo constituye la enorme deuda tercermundista: sus consecuencias han infligido miseria a millones de seres humanos; el incumplimiento de pagos amenazarían con la ruina a los principales bancos norteamericanos.

La situación económica que ha encarado el capital desde principios de los años setenta es tenue. Las ganancias han sido insuficientes para la reestructuración completa del capital necesario para un nuevo *boom*. Tal es así que los EE.UU. hasta vacilan en comprometerse con las nuevas oportunidades (en el 1990) para grandes inversiones en la Europa oriental. También existe temor a una profunda depresión que seria capaz de eliminar a las firmas más atrasadas y obsoletas – una devastación para la clase obrera de nuevo.

La “revolución de Reagan” en la política económica aumentó la deuda del gobierno norteamericano mediante años al tomar prestado para repagar con contribuciones futuras y acumuló una deuda externa record mediante déficits enormes de comercio internacional. El único beneficio – consistió en una poca prosperidad para la clase media, pero a un costo prohibitivo de la decadencia masiva de la planta industrial productiva del país, sin mencionar la infraestructura del transporte y el ambiente ya mencionado. La “economía vudu” de Reagan (denominación de George Bush durante la campaña eleccionaria presidencial del 1980) parece, por raro que aparezca, haberse copiado de la estrategia de Gierek para posponer la crisis en Polonia durante los años setenta. De cualquier modo, el resultado sería muy similar: la crisis culminaría a través de un colapso financiero y a la clase obrera se le exigió que sufriera por los excesos que no compartió. Los EE.UU. tiene el potencial para desatar la erupción obrera más grande en su historia. La crisis de la Europa oriental (Capitulo 8) refleja el futuro no solamente para los gobernantes soviéticos sino de igual manera para los de EE.UU..

La teoría de Lenin revisitada

El final del *boom* de la posguerra junto al reavivamiento de la lucha de la clase obrera sentó las bases para la renovación de los movimientos izquierdistas y del marxismo. También hubo un retorno al análisis del imperialismo de Lenin – y un ataque correspondiente de los teóricos liberales y socialdemócratas contra la relevancia de la teoría de Lenin.

Algunos adelantos obvios son necesarios para los ‘cinco puntos’ de la definición de economías imperialistas de Lenin (Capítulo dos). Los monopolios, la fusión de los capitales bancarios y industriales, y la cartelización internacional son todavía prominentes – mas aun, con el surgimiento de las corporaciones “multinacionales”, la creciente estatificación de los capitales (incluyendo la forma stalinista), y hasta carteles estatales siguiendo las líneas de los “mercados comunes”. Por otro lado, el colonialismo abierto de principios del Siglo XX es comparativamente limitado en el presente. Un puñado de potencias todavía explota al mundo, no principalmente mediante el dominio directo sino a través del poder económico – respaldadas, como siempre, por una fuerza militar abrumadora.

Pero esta no fue la línea principal de ataque. El socialdemócrata norteamericano Michael Harrington argumentaba que los rasgos principales del imperialismo ya no eran decisivos para la política mundial.

“La teoría de Lenin sobre el rol esencial y inevitable del imperialismo en Asia, África y América Latina ya no es vigente. El Tercer Mundo es hoy menos importante para los poderíos capitalistas avanzados que en cualquier otro tiempo en su historia; y su prosperidad es mucho mas dependiente del mantenimiento de un alto consumo de masas dentro de sus fronteras – y dentro de otros países ricos – que sobre la explotación de los hambrientos del mundo.”

Harrington concluyó que la guerra imperialista consistía ahora en materia de política, y no de compulsión: el sistema, dijo él, no estaba destinado a hacer mal. Esto únicamente podía haber sido escrito durante el *boom*, cuando existían ilusiones en la prosperidad eterna de Occidente extendido a la conclusión de que el imperialismo estaría feliz en coexistir en paz al lado de sus victimas. Las teorías como las de Harrington no fueron creadas para entender la realidad del mundo moderno sino para defender las tesis reformistas que mantenían que las continuas rabietas imperialistas (notablemente la guerra norteamericana en Vietnam) constituían una desafortunada alternativa que debería corregirse mediante la elección de cantidades mayores de políticos burgueses liberales.

Desde que Harrington escribió esta racionalización, la experiencia del thacherismo en Inglaterra y reaganismo en los EE.UU. ha falsificado de nuevo la visión bajoconsumista de que el capital se convierte menos rentable si los estándares de vida de las masas decrecen. Las ganancias, después de todo, y no el consumo, es lo que mantienen al sistema en operación. En cuanto al significado económico del Tercer Mundo, la “desindustrialización” ha destinado muchos empleos hacia allá en busca de salarios mas bajos. Los capitalistas están probando constantemente que dependen de la explotación de los trabajadores, domésticamente como en el extranjero, mucho más que de la satisfacción de las necesidades de consumo.

Harrington también estaba equivocado al sugerir que la teoría del imperialismo de Lenin se aplicaba exclusivamente a la explotación de los pueblos tercermundistas: Lenin especificó la exportación de capitales en general, de igual manera a países avanzados. Pero la mayor parte esta vinculada a la explotación del Tercer Mundo; las inversiones de las compañías petroleras norteamericanas en Europa durante el periodo de posguerra, por ejemplo, les permitió aumentar sus ganancias del Medio Oriente y Algeria. Sin embargo, aun si Harrington estuviese en lo correcto en mantener que la inversión directa en las industrias del Tercer Mundo están decreciendo relativamente, queda aun el método indirecto de los préstamos a los capitalistas y

gobiernos tercermundistas – que han aumentado enormemente durante los últimos quince años. Finalmente, el hecho de que los poderes capitalistas están vitalmente interesados en la preservación de su dominio sobre el Tercer Mundo se ha probado por sus constantes guerras para resguardar los puestos de avanzada del sistema y contener a los militantes movimientos nacionalistas. El sistema es más imperialista que en el pasado.

Las teorías socialdemócratas dependen en parte del hecho que varios “países en desarrollo” (un eufemismo para las víctimas del imperialismo) de hecho se han desarrollado. En los años setenta los apologistas burgueses alababan a Brasil, México, Taiwán, Sud Corea y a otros países cuyas economías se habían expandido rápidamente. Crecieron no solamente por las inversiones del capital imperialista sino también a través del enriquecimiento de las burguesías locales – basándose en la combinación de salarios de esclavitud (típicamente sostenidos por la represión militar) y el desarrollo de los mercados mundiales durante el *boom*.

Esto no constituye una refutación de Lenin. Un elemento clave de la teoría de Lenin es comúnmente ignorado: a saber – la decadencia capitalista significa el parasitismo de los países más ricos a través del succionamiento de las ganancias de los países pobres, Lenin pronosticó la expansión económica en las colonias acompañado por la declinación de los centros imperialistas. Durante el *boom* de posguerra, la predicción de Lenin pareció equivocada: los poderíos imperialistas se expandieron y “elevaron los estándares de vida de las masas, que están por doquier medias hambrientas y empobrecidas, a pesar del increíble progreso técnico” – algo que Lenin pensaba imposible con la excepción de la estrecha aristocracia laboral.

El desarrollo de los “nuevos países industrializados”, sin embargo, especialmente cuando se comparan con la recesión en el Occidente posterior al boom de postguerra, aparentan llevar acabo el pronóstico de Lenin: al convertirse los *booms* en colapsos, más y más empleos industriales se trasladan a países pobres con bajos salarios. Aun así, el crecimiento económico en estos países ha sido limitado (como lo esperaba Lenin). Ninguno ha sido capaz de alcanzar el nivel económico de los avanzados, y sus impresionantes estadísticas de crecientes Productos Brutos Nacionales per capita enmascaran en la realidad ingresos marcadamente desiguales y una aplastante pobreza masiva. Como sintetizara un experto académico (a tal grado de eufemismo que pocos fuera de los experimentados académicos logran alcanzar):

“No solamente han experimentado una baja en su porción de ingresos la mayoría de los países en desarrollo procediendo al 60% más pobre, pero para muchos, la baja relativa ha sido lo suficientemente pronunciada para resultar en bajones en los niveles absolutos de los pobres. Al mismo tiempo, en la arena política, el proceso de interacción entre las fuerzas sociales de modernización y la existente estructura de poder ha conducido a variados grados de inestabilidad y violencia interna, como a una tendencia general hacia formas de estructura política menos participatorias; lo último ha significado; por lo menos transitoriamente, el poder político como el bienestar económico, se han convertido a una distribución menos equitativa. Se ha hecho meridianamente claro que los procesos de desarrollo económico de los años cincuenta y sesenta no han conducido a los resultados deseados – mejorías masivas en el bienestar de los pobres – sino a pesar de todo han aumentado la desigualdad”.

La crisis de la deuda internacional ha cuestionado de manera alarmante la estabilidad económica de los países tercermundistas. Debido a las obligaciones de los bancos – que los gobernantes tercermundistas consideran sagrados y únicamente dejan de pagar sus deudas cuando

literalmente se quedan sin fondos – la hambruna y las enfermedades se han vuelto mas abundantes. La crisis también desenmascará la dependencia tercermundista de los poderíos imperialistas. Estadísticamente, un experto se percató de que los países industrializados “han absorbido los recursos del resto del mundo, y principalmente los de los países en vías de desarrollo”. De igual manera, el presidente del Banco Mundial, ningún opositor de la explotación imperialista, observó que “Los países en vías de desarrollo transfieren al mundo industrializado mas dinero de lo que reciben en nuevos financiamientos”.

Las estadísticas recopiladas a partir del comienzo de la crisis de la deuda destruyen la teoría que propone que la explotación imperialista no es rentable. Aquí se evidencia lo que ha significado la combinación de los repagos de la deuda junto al escape de capitales de los países imperializados:

“Desde el 1979 los deudores mas importantes le han dedicado del 70 al 80 porciento del total de sus nuevos prestamos al pago de los intereses de sus deudas previas. La gigantesca transferencia de recursos desde la periferia a los principales países capitalistas metropolitanos ha tenido un efecto espectacular: en el 1981, por vez primera en la historia posguerra, los países tercermundistas se han convertido en exportadores netos de capitales. Desde el 1981 al 1985, este flujo se ha multiplicado en promedio por un factor de 10, pasando de 7.000 millones a 74.000 millones de dólares”.

Sin importar cuan desarrollados estén los países tercermundistas, su plusvalía es todavía expropiada en gran medida por los poderíos imperialistas. Esto es el resultado de la succión de las ganancias y del comercio desigual (Capítulo dos). También existe la amenaza ominosa de los imperialistas que demandan y obtienen los derechos de propiedad cuando no se le hacen los pagos a la deuda. La visión general de Lenin ha probado ser correcta: los países ricos se enriquecen (con sus masas enriqueciéndose en parte) mientras los países pobres se mantienen pobres y dependientes.

Una razón que explica el error de Lenin – que las masas domesticas permanecerían “medias hambrientas y empobrecidas” es que la mayoría de las técnicas modernas de producción requieren un ambiente económico y social ya desarrollado, lo que explica su ubicación en los países avanzados. Otra razón es el éxito de la revolución que dirigió Lenin: cuando los trabajadores soviéticos tomaron el poder y expropiaron al capital, la gran parte de propiedad foránea, los imperialistas aprendieron a no arriesgar las inversiones en áreas potencialmente volátiles.

El tercermundismo

Mientras los socialdemócratas mantienen que el capitalismo ya no es imperialista, la escuela “tercermundista” cree que el imperialismo ha transformado totalmente al capitalismo y a sus leyes de movimiento. En los años sesenta esta tendencia fue influenciada grandemente por la concepción del partido comunista chino de la lucha del “campo”, los países semi-coloniales, contra la “ciudad”, los poderíos imperiales avanzados. Esta fue una línea mas revolucionaria que la de los stalinistas pro-Moscú que trataron de limitar todas las luchas a reformas. Pero esta concepción ignoraba la lucha de clases no únicamente al interior de los centros imperialistas sino también dentro de las semi-colonias. Las raíces de la teoría surgían del nacionalismo burgués y no del marxismo.

En el Occidente el tercermundismo se convirtió en la visión prevaleciente entre toda una generación de izquierdistas durante los años sesenta. Su mentor, Paul Sweezy, denunció a los partidos comunistas y al proletariado europeo por haberse rendido ante los sobornos imperialistas.

“Durante el largo periodo de expansión capitalista posterior a la Segunda Guerra Mundial, los partidos comunistas que habían sido relativamente más exitosos – los tal llamados partidos eurocomunistas – se convirtieron gradualmente en reformistas. En el presente, a cien años de la muerte de Marx, es imposible presentar un caso razonable para la visión que había estado durante mucho tiempo al corazón del marxismo, i.e., que el proletariado en los países avanzados está destinado a convertirse en agente de cambio revolucionario”.

Sweezy ignora la historia y la lógica: los partidos comunistas se convirtieron en reformistas durante los no muy prósperos años treinta. Pero es consistente con la teoría bajoconsumista: él y Baran acreditan a la transformación del capitalismo moderno a los excedentes excesivos que el sistema no es capaz de absorber pero que como quiera que sea sirven para eliminar las crisis periódicas al costo de estancamiento y de varias enfermedades sociales. De ahí la corrupción permanente de los trabajadores y la conclusión de que “la respuesta de la ortodoxia marxista tradicional – que el proletariado industrial deberá a la larga alzarse en revolución contra sus opresores capitalistas – ya no es aplicable”.

Lo que verdaderamente no posee convicción, sin embargo, es la teoría que desplaza al proletariado sin discutir la lucha de clases – y todavía se autoproclama marxista. Baran y Sweezy reconocen voluntariamente su “casi total negligencia de un sujeto que ocupa un lugar central en el estudio de Marx sobre capitalismo: el proceso de trabajo”. Su excusa consiste en que ellos apoyan “la lucha de clases internacional” y creen que la iniciativa revolucionaria ha pasado a las “masas empobrecidas de los países subdesarrollados”. Esto significa, sin embargo, no la lucha de clases en esos países sino los esfuerzos de los dirigentes nacionalistas para ganarse un espacio de respiración ante el imperialismo.

La lucha de clases internacional es de hecho crítica. Pero en los países tercermundistas, como en otros lugares, el proletariado es central a la causa socialista: solo sus intereses materiales son fundamentalmente anti-capitalistas. De igual manera, es imposible para los marxistas descartar la lucha en los países avanzados donde los trabajadores tienen un poder económico mayor. Como demuestra el análisis de la revolución permanente, la revolución en los países imperialistas es necesaria, no solamente para desarmar el poder militar imperial sino también debido a que sin el socialismo internacional – los países ex-coloniales nunca alcanzarán el nivel económico del capitalismo moderno, ni pensar ir más allá del mismo.

Ignorar el efecto que la crisis capitalista tiene sobre la clase obrera, obligándola a niveles más y más profundos de lucha es una evasión del marxismo, y no una actualización del mismo. El proletariado ha dado señales que está insatisfecho con las condiciones bajo el capitalismo desde finales del *boom* de posguerra, cuando los trabajadores franceses e italianos explotaron en unas batallas de clases nacionales, hasta los años ochenta donde se vieron luchas de masas a través de Europa desde Inglaterra hasta Polonia y la URSS (sin hablar de Irán, Sud África, Sud Corea, las Filipinas, Birmania, y China). La tarea de los marxistas consiste en unirse a las luchas de su clase

con el propósito de demostrar la vía a seguir hacia adelante, y no tratarlos con una “casi total negligencia”.

Por otra parte, secciones completas de la clase obrera en el mundo avanzado, como los trabajadores negros norteamericanos, están vitalmente interesados en y influenciados por las luchas de los oprimidos y explotados del extranjero; estos últimos también han seguido la lucha negra norteamericana desde a principios de los años sesenta. Baran y Sweezy citan únicamente el efecto del capital monopolista sobre las “masas” negras en los EE.UU. sin especificar el significado del proletariado negro.

Lo esencial de la teoría marxista de la época de decadencia ha sido ampliamente confirmado a pesar de los argumentos de tanto los socialdemócratas como de los tercermundistas. La Primera Guerra Mundial comenzó un periodo de revoluciones sociales – comenzando en Rusia y difundiéndose a Europa central. El sistema sobrevivió descansando sobre las fuerzas del reformismo, pero no tardó mucho la economía mundial en colapsar en la Gran Depresión. Y eso fue acompañado por las horribles contrarrevoluciones en Alemania y Rusia – seguidas por la devastación renovada y las derrotas de la Segunda Guerra Mundial.

En el presente, una estrecha riqueza en los países dominantes coexiste con la miseria de las masas en la mayor parte del mundo. El aumento del capital ficticio amenaza la estabilidad económica imperialista y las condiciones de vida de las masas. Los imperialistas están virtualmente abandonando áreas completas del Tercer Mundo; a pesar del trabajo súper-barato existe muy poca infraestructura para la explotación rentable. Aun durante la pax americana, las guerras y la represión victimizaron a los ya empobrecidos países. Y si la guerra nuclear ha sido suspendida (no prevenida: fue utilizada por los EE.UU. contra Japón), su monstruosa capacidad para la destrucción todavía persiste, amenazando y comprimiendo toda la política internacional. Nada en la naturaleza de las clases dominantes imperialistas le evitará utilizar las armas nucleares cuando las condiciones políticas y económicas los dejen desesperados. El programa de Marx y Lenin todavía permanece: únicamente la revolución proletaria ofrece una salida.

3. El imperialismo stalinista

Si el stalinismo es una forma de capitalismo en su época de decadencia, entonces el país stalinista dominante, la URSS, deberá ser imperialista como lo es capitalista. Esto presenta una interrogante para nuestra teoría: si el sistema soviético es impulsado únicamente a ampliar su capital nacional, contrario a los poderíos que exportan capitales, ¿como es que entonces pueda ser imperialista en el sentido leninista?

Como veremos, las teorías de capitalismo de estado estándares fallan en bregar con la naturaleza del imperialismo stalinista. Por otro lado, los opositores de las teorías del capitalismo de estado como Mandel y Sweezy tienen dificultad en dar una explicación viable sobre los años de dominación de los gobernantes soviéticos, la explotación de las naciones dentro de la “casa de prisiones” rusa y sobre sus aliados de Europa oriental.

Demostraremos que igual a que se puede comprender las relaciones económicas internas dentro del sistema stalinista a través del impulso a maximizar su capital nacional, también se puede entender sus relaciones externas. La relación entre la URSS y sus satélites es imperialista.

Aunque no es una simple copia del tipo descrito por Lenin – es el producto de las mismas tendencias capitalistas pero en una etapa tardía de su desarrollo. También demostraremos que el imperialismo stalinista ha cambiado significativamente, aun en menos de medio siglo desde el comienzo de su existencia. Su aislamiento y debilidad ha dictado una estrategia de coexistencia pacífica con el dominante Occidente – las tácticas stalinistas se han convertido marcadamente menos agresivas debido a la naturaleza de su declinación económica.

El imperialismo del atraso

En el punto más álgido del stalinismo durante los años de la posguerra, los gobernantes soviéticos poseían muy poco impulso para exportar capitales. El capitalismo estatificado tiene como meta expandir el capital dentro de sus fronteras nacionales; por lo tanto, está interesado en la inversión foránea únicamente en lo que ayude a cumplir esa meta. Los burócratas regionales, locales y industriales se recompensan de acuerdo a como dirigen su planta o dominio; no tienen ningún incentivo, y normalmente ninguna oportunidad, para invertir en el extranjero. Por otro lado, tienen muy poca necesidad de buscar trabajo barato en el extranjero: pagan jornales lo suficientemente bajos domésticamente. Su problema consiste tener una escasez de trabajadores debido a la baja productividad, y sus necesidades nacionalistas los conducen a importar a trabajadores peor remunerados aun de los países satélites con sobrecapacidad de trabajadores como Vietnam.

Pero existe, sin embargo, una motivación económica para el expansionismo stalinista. Los burócratas son obligados a buscar en el extranjero valores de uso – nueva tecnología, minerales, alimentos, etc. – para llenar las inevitables brechas en su economía doméstica. Esto se debe a que la meta stalinista de autarquía nacional es imposible, especialmente en un país con una notoria ineficiencia económica como la URSS. La economía soviética, dedicada a la retención de toda partícula de valor, sin embargo, desperdicia y destruye valores de uso. La necesidad de importar valores de uso es inherente a las relaciones de producción de la URSS; no consiste solamente en una política impuesta por los gobernantes en coyunturas específicas.

La URSS busca los valores de uso en el extranjero, contrario a los valores que busca construir domésticamente, como lo hace en la “segunda economía” de bienes de consumo producidos privadamente – de los cuales depende internamente. Todos los valores de uso tienen valor, pero ese no es el criterio para escogerlos. Las pérdidas financieras pueden tolerarse en un esfuerzo para obtener los valores de uso que faltan, siempre que el resultado general sea mantener el capital nacional y maximizar su valor. A estos fines, por supuesto, la adquisición de plusvalía en el extranjero se llevará a cabo si no conflige con su meta principal.

Miremos a la historia del imperialismo soviético bajo esta luz. A principios del periodo de posguerra los gobernantes rusos tenían un motivo adicional: la restauración de la economía soviética, aunque fuese a expensas de otras gentes. Utilizaron tres métodos de explotación con sus satélites (como con China, antes y después de la revolución del 1949):

1. Bajo el pretexto de obtener una indemnización de guerra, desmantelaron a la Europa oriental, se llevaron fábricas y maquinas y las embarcaron hacia la URSS. Aun Manchuria, una provincia de la China y un aliado de tiempos de guerra y victima del imperialismo tradicional, fue saqueada de la misma manera. Aunque la economía stalinista se masticaba valores de uso importados como lo hacia con los domésticos (la

maquinaria se destruía en tránsito, las fábricas se mantenían en los lados del camino oxidándose, y esto significó grandes pérdidas para los (stalinistas) gobernantes de los países saqueados, y al no costarle nada a los gobernantes soviéticos – se continuo.

2. Los soviéticos se apoderaron de grandes empresas previamente ocupadas por los invasores alemanes y las declararon compañías de propiedad conjunta, con derechos de propiedad compartidos entre la URSS y algún aliado local. Las ganancias fueron también compartidas, y una porción mayor era enviada a la URSS por sus esfuerzos de propietario ausente – en realidad sus derechos de conquista.
3. Similar a otros poderíos imperialistas durante una ocupación militar, los rusos impusieron relaciones de comercio desiguales a sus satélites; cobrándole precios altos por bienes soviéticos y demandando bienes baratos a cambio – los valores de uso que necesitaba. Tal explotación era específicamente citada tanto por Yugoslavia como por la China cuando rompieron con la URSS en el 1948 y en el 1960, respectivamente.

La combinación de todos estos métodos obviamente adquirió plusvalía y valores de uso para la URSS. Dos de los métodos, indemnizaciones y compañías de propiedad mutua, fueron abandonados en los años cincuenta, como respuesta al conflicto con Yugoslavia y los levantamientos obreros en Europa oriental posterior a la muerte de Stalin. En términos del comercio desigual, su continuación ha sido ampliamente discutida. El problema consiste en que las economías de tipo soviético no poseen ni siquiera un método de aproximación de medición de los verdaderos valores de las mercancías; terminan utilizando precios occidentales comparables, que pueden no reflejar los verdaderos costos de producción. El resultado aparenta ser que durante muchos años (posterior al saqueo original) la URSS aceptó pérdidas comerciales con sus satélites; durante la creciente crisis de los años setenta, sin embargo, se aseguró que las relaciones comerciales se inclinaban a su favor más que los costos de producción de la mercancía vital, el petróleo, justificando su usurería por el hecho de que el precio del mercado mundial era aun mayor.

Subsiguientemente, en sus relaciones con sus satélites, la URSS ha insistido en relaciones bilaterales en vez del multilateralismo – a pesar de haber fundado el Comecon (el Consejo para la Asistencia Económica Mutua). Los intentos para establecer vínculos directos entre hermanos países “socialistas” – Polonia-Checoslovaquia y Yugoslavia-Bulgaria – fueron obstruidos por Stalin, mientras la Comecon alentaba la autarquía internacional y la dependencia en la economía soviética. Aplicando sus intereses de valores de uso, la URSS impuso su derecho a escoger quien producía que, y quien podía escoger primero las mercancías de buena calidad, etc.

A veces los rusos han subsidiado a algunos de sus aliados – en general a Europa oriental durante ciertos periodos de tiempo, a Polonia posterior a que el régimen militar suprimiese a Solidaridad en el 1981 y la economía polaca se mantuviese en crisis, y a Cuba desde que se agregó al bloque soviético. Una indicación clara de la debilidad imperialista de la URSS es su inhabilidad de adoptar otras dependencias tercermundistas, notablemente Nicaragua, y su necesidad apremiante de reducir la ayuda – que es el apoyo principal de la economía cubana.

La URSS también logra extraer adelantos de sus aliados más atrasados, como lo hace con los países tercermundistas con quien mantiene comercio, a través de métodos capitalistas estándares.

Como señalase Marx, el comercio entre un productor avanzado vendiendo bienes capital-intensivos y un productor atrasado vendiendo bienes trabajo-intensivos favorece invariablemente al primero, debido a que menos horas de trabajo de alta productividad intercambiaran por más horas de trabajo de poca productividad. Intercambios de igualdad monetaria esconden intercambios desiguales de valores, esto es una de las maneras que los “intercambios iguales” bajo el capitalismo se convierten en sus opuestos bajo las operaciones de sus leyes de movimiento.

Sin embargo, en el caso de los satélites de la URSS mas industrializados como Alemania oriental y Checoslovaquia, la relación comercial desigual se invierte. Para importar los bienes de producción necesarios de tecnología avanzada, Rusia se ve obligada a rendir un mayor valor con la exportación de minerales y otras materias primas. Aunque la URSS es dominante en términos militares y políticos en la región, su control económico es dificultado por su propio desarrollo limitado. Por esa razón utiliza métodos fuera de mercados, como exigirle pagos a sus satélites en divisas “duras” (occidentales). Hungría se ha visto obligada a importar petróleo de la URSS en dólares desde el 1985. Esto constituye un punto delicado, ya que no solamente la URSS sino todos los socios stalinistas requieren desesperadamente de divisas convertibles para sus importaciones.

Durante años recientes la dominación económica soviética ha sido auxiliada por “proyectos de inversión conjunta”, llevados a cabo con países satélites para desarrollar recursos al interior de la USSR. Contrario a la alternativa de la inversión foránea, estos proyectos se establecen en territorio controlado directamente por los gobernantes soviéticos. Le permiten a la URSS importar valores de uso industriales de una calidad superior a los que se producen domésticamente. Y extienden, por medios económicos en vez de militares, el control de la URSS sobre sus aliados.

Los proyectos de inversión conjunta comenzaron durante los años sesenta y se expandieron inmensamente durante los años setenta. De acuerdo al economista húngaro Tibor Kiss, “los países menos desarrollados del bloque cargan con dificultad la reducción del 10 al 15% de su volumen de inversiones industriales”. Como notase un experto académico sobre estos proyectos, “Los beneficios propietarios proceden a la URSS, que paga las inversiones de los países Europeo orientales con una tasa simple de inversiones de 2%, a través de la entrega a los países de cantidades acordadas de gas y pulpa...”. Los socios europeo –orientales también se quejan del alto costo horas hombre que se ven obligados a pagar, a la luz de las bajas tasas de compensación soviética, y sobre su carga compulsoria de contribuciones de divisas duras. Este arreglo mantiene su dependencia de la URSS y expande el capital nacional soviético a sus expensas.

La URSS también ha girado grandemente a la explotación de las colonias internas que heredó de la prisión de naciones zarista. Durante las dos décadas posteriores al 1958, la producción e ingreso personal en las republicas no-europeas de la URSS creció proporcionalmente más despacio que en la Rusia, un cambio que indica un drenaje de plusvalía hacia las secciones europeas del país. Esta ayuda explica la explosión del nacionalismo minoritario en la periferia de la URSS.

Para resumir, la URSS utilizará casi cualquier método para obtener sus valores de uso: el saqueo abierto como en la Europa oriental posguerra, préstamos destinados a la construcción de plantas

repagadas con bienes, inversiones capitalistas tradicionales, los proyectos de inversión conjunta, etc. La tecnología es indudablemente el valor de uso ausente más importante, por eso la nueva tecnología tiene que ser adquirida en los países del capitalismo tradicional. Y una gran parte de los otros esfuerzos en el extranjero de la URSS están destinados a la obtención de divisas occidentales convertibles con las cuales pueda comprar tecnología. Similar al imperialismo occidental, la explotación internacional plantea una lógica contradictoria que inspira tendencias nacionalistas en los satélites, tendencias que corren contra la dominación soviética.

El imperialismo soviético y la teoría de Lenin

Ninguno de los métodos soviéticos de explotación foránea descritos aquí depende de la exportación de capitales. Ahora si tienen un resultado similar – el aumento de la plusvalía bajo control soviético – pero sus mecanismos son diferentes. Por supuesto, existen ejemplos de capitales soviéticos exportados al exterior: los prestamos financieros a países amigos (la India, Egipto en el pasado), algunas inversiones de sucursales de bancos soviéticos en el extranjero, y hasta unas pocas inversiones capitalistas tradicionales en sociedad con firmas occidentales. Pero estos ejemplos no son decisivos. Cualquier país posee inversiones foráneas, aun países muy pobres que nadie pensaría en declararlos imperialistas; es la naturaleza del capitalismo operar internacionalmente. Estos no son exportaciones de capitales en el sentido que le dio Lenin: que son un impulso fundamental que requiere de la explotación de otros países.

Algunos estados stalinistas como Yugoslavia (donde el apego de los gobernantes al capital nacional es rivalizado por nacionalismos provinciales), no exportan capitales para obtener ganancias. La URSS entonces representa un extremo de una distribución que se extiende desde el capitalismo monopolista estatal occidental hasta el duro modelo stalinista. En el presente, hemos notado cambios drásticos según esta distribución al erosionar la crisis la ilusión de “socialismo en un solo país”.

El imperialismo soviético retiene muchos rasgos del atraso. La URSS no es capaz de sostener a sus dependencias a través de su fortaleza económica. Cuando es presionada, ha tenido que depender de sus fuerzas militares – con desgano, debido a que daña las relaciones con los imperialistas “democráticos” cuyos capitales y tecnología la URSS todavía necesita. Contrario a los imperialistas tradicionales, los soviéticos no invierten en sus dependencias; primero las saquearon y ahora importan capitales desde ellas. El imperialismo soviético es la inversa del modelo del imperialismo (falaz) de Luxemburgo, donde la plusvalía puede realizarse únicamente a través de un ambiente no-capitalista. La URSS necesita de un ambiente capitalista tradicional tanto en el interior como en el exterior del país para nutrir su pseudo socialismo nacionalista.

¿Una teoría de imperialismo capitalista no impulsado por la exportación de capitales no tiende a estirar los confines de la “definición” de Lenin? Los que están en desacuerdo deberían considerar el ejemplo de la Rusia zarista, uno de los seis principales poderíos colonial-imperialistas analizados en el *Imperialismo* de Lenin. La vieja Rusia, como la URSS, tiene una historia imperial diferente a la de los principales poderíos. Algunas de sus colonias (i.e., Polonia y Finlandia) tenían un estándar de vida mas alto que la misma Rusia, como lo es cierto de varios satélites de Europa oriental de la URSS en el presente. Lenin lo describió como un país “donde el desarrollo capitalista moderno se encuentra enmarañado ... en una red particularmente cerrada de relaciones precapitalistas”. En particular, el zarismo poseía muy pocos capitales para exportar; los imperialistas foráneos enviaban mas capitales a Rusia que lo que Rusia enviaba al exterior. El

capítulo de Lenin sobre la exportación de capitales ni siquiera incluye a la Rusia como una exportadora pero si la menciona como una beneficiaria de importaciones masivas de capitales franceses; tres cuartas partes de los capitales financieros rusos en el 1913 pertenecían a bancos foráneos.

Sin embargo el zarismo era imperialista con su propio derecho y era decisivo para la dominación imperialista occidental en Europa oriental y el imperio ruso. Para Marx y Lenin, la Rusia zarista era el principal obstáculo al progreso en Europa y por lo tanto del mundo. Ambos señalaron que los rasgos poco típicos de Rusia – su autocracia y fundamento militar – le permitía un rol de apoyo al imperialismo que hasta las potencias capitalistas no-democráticas necesitaban. La Rusia soviética actual también funciona para mantener la hegemonía imperialista mundial. La URSS en el presente no es lo mismo que la Rusia del 1913, pero como la Rusia zarista ha sido un caso excepcional dentro del reino del imperialismo – precisamente debido a sus rasgos especiales. Lenin no le negó al zar su corona imperial debido a que su economía atrasada no estaba a la altura de los “cinco puntos”.

El reclamo de que la URSS no puede ser imperialista debido a que no cumple uno de los cinco puntos consiste en un argumento estéril de forma pura. Después de todo, las potencias imperialistas tradicionales del presente (EE.UU., Inglaterra, Francia, etc.) ya no se dividen territorialmente al mundo – por lo tanto violando uno de los puntos de Lenin, Las potencias coloniales anteriores perdieron la mayoría de sus territorios de ultramar posterior a la Segunda Guerra Mundial. Los EE.UU. son el imperialista dominante mundial – pero no debido a los pocos países como Puerto Rico que domina directamente.

Para resumir, la URSS es imperialista a pesar de su falta de exportación de capitales como rasgo decisivo: funciona como parte vital de imperialismo mundial, y es un centro autónomo de la acumulación de capitales con un impulso interno para dominar a otros países con propósitos económicos. Es diferente a los poderes imperialistas tradicionales debido a la naturaleza particular de ese impulso producto de su historia específica como un estado obrero destruido. Su imperialismo es esencialmente defensivo dirigido a mantener su posición como gran poderío con la habilidad para negociar concesiones económicas del Occidente en vez de buscar agresivamente competir por las adquisiciones occidentales. El imperialismo soviético juega un rol clave en la continuación del imperialismo en su totalidad hasta el presente, una larga vida que Lenin nunca contempló.

Las teorías alternativas

La mayoría de los intentos para crear teorías marxistas sobre el imperialismo soviético han sido poco exitosos. El primer análisis completado de Rusia como “sistema tercerista” fue el de Shachtman, quien por todas sus insistencias sobre la singularidad del sistema stalinista, veía una similitud esencial en el impulso imperialista del stalinismo con el del capitalismo:

“El presente mundo tiende a dividirse mas y mas en unos pocos países económicamente avanzados y poderosos que gozan de independencia, y otros que se estancan o retroceden económicamente y inevitablemente caen en dependencia económica y luego en dependencia política de los pocos países. Para que un país (y su clase dominante) sobrevivan como una entidad independiente, especialmente en nuestros tiempos, requiere de una extensión de su poder (y por lo tanto, de su poder político) económico. ... En otras palabras, por todas las diferencias... sociales

que lo diferencian del mundo capitalista, Rusia es sin embargo confrontada con los mismo problemas y conducida por el mismo impulso que cualquier otro país del mundo”.

Rusia, mantiene Shachtman, necesita conquistas para la explotación de las riquezas de las regiones conquistadas y para su propia defensa militar; tiene un apetito ilimitado de adquisición de territorios, limitado únicamente por la contrafuerza desplegada por poderíos rivales o la movilización de las masas. Pero cualquier poderío mundial tiene el mismo impulso, especialmente los motivados por la necesidad de la plusvalía. Por lo tanto, la teoría del colectivismo burocrático de Shachtman ofrece la misma explicación para la expansión soviética como lo hace para la expansión capitalista; duplica la noción de Cliff de lo que impulsa tanto al capitalismo como al stalinismo en la época moderna es la necesidad de valores de uso, y no de valores.

Pero Shachtman realmente pensaba que la Rusia soviética era diferente. Era atrasada y hambrienta de capital, y por lo tanto estaba obligada a conquistar territorios que fuesen industrialmente mas avanzados (eso explica por que Yugoslavia y China eran incompatibles y permitidos a escapar del nudo de ahorcamiento). Esta visión ayudó a hacer la reclamación de que el stalinismo era un sistema dinámico con una capacidad ilimitada de explotación y saqueo – en contraste al capitalismo, cuyo problema no consistía en como expandir la producción sino en como disponer de sus productos en exceso. Aquí la teoría del bajoconsumerismo del desarrollo capitalista se extiende a su máxima lógica anti-marxista: el capitalismo es menos reaccionario que el stalinismo debido a que su impulso hacia la brutal explotación es, por los menos, limitado. Este razonamiento ayudó a pavimentar el camino para la adaptación de Shachtman al imperialismo occidental como la única alternativa viable a la rapacidad inmoderada del stalinismo.

El libro de Cliff sobre Rusia fue originalmente escrito en los años cincuenta y, por lo tanto, pudo discutirse en el únicamente los métodos del imperialismo soviético durante el periodo inmediatamente posterior a la posguerra. Este mantuvo que el atraso de la URSS la condujo a conquistar satélites con el propósito de obtener trabajo de baja renumeración y saquear las materias primas y maquinaria. Ya que las relaciones soviéticas durante este periodo se basaban en el innegable saqueo, esto parecía correcto. Pero cuando las circunstancias cambiaron, la teoría de Cliff se mantuvo inmóvil. Versiones posteriores del libro (incluyendo la edición del 1988 con una “posdata” actualizante.) repiten sin cambio la misma discusión limitada, recortando la historia – haciéndola mas corta hasta el 1955. El problema de cómo la URSS se pudo mantener imperialista desde el 1929 sin un impulso a exportar capitales nunca se discutió. Obras mas recientes de los seguidores de Cliff no le han añadido nada de sustancia. La indiferencia cliffista a una teoría sobre el imperialismo stalinista no es sorprendente, ya que han abandonado esencialmente tal teoría también para el capitalismo en general, como veremos en el capítulo siete.

Las teorías maoístas del imperialismo soviético encaran especialmente una contradicción severa, ya que niegan las evidentes conquistas del periodo post Segunda Guerra Mundial cuando Stalin estaba todavía vivo. Por lo tanto reclaman que la ocupación de Europa oriental y partes de China durante la Segunda Guerra Mundial, acompañado de varias formas de saqueo, era socialista – ¡mientras que las relaciones relativamente compatibles de las décadas recientes son imperialistas! La mayoría de los maoístas simplemente ignoran el problema: por ejemplo, el

sumario de la política externa soviética de Bettelheim salta del 1943 hasta el 1953 sin una palabra de explicación. Entonces, para el 1956 y posterior, los maoístas tratan de probar que Rusia es imperialista reclamando que las formulas de Lenin se aplican al presente. Otra versión mantiene que la URSS todavía no tiene los recursos para exportar mucho capital y por lo tanto debe aumentar sus armamentos nucleares para vencer en una guerra nuclear y convertirse en el poderío dominante. Esta fantasía le sirve perfectamente a la adaptación del maoísmo al imperialismo norteamericano.

Un argumento maoísta particularmente enrollado corre de la siguiente manera: 1) el capital es una relación social; 2) por lo tanto “la exportación de capitales” significa la exportación de relaciones sociales capitalistas; 3) ya que el comercio externo de la URSS con cualquier país capitalista exporta relaciones sociales capitalistas, es por lo tanto imperialista. Esto consiste de una simple extensión al dominio de las relaciones externas de la concepción estándar maoísta que mantiene que el carácter de clases de la URSS se transformó cuando Kruschof emitió su discurso anti-stalinista. La única virtud de tal razonamiento es su consistencia con la noción de que el socialismo se puede construir en un aislamiento económico. Con argumentos como esos no nos debe sorprender que los defensores de la URSS stalinista han refutado con facilidad las teorías izquierdistas del imperialismo soviético.

¿En defensa de la Unión Soviética?

La tesis diabólica de la Unión Soviética compartida por la derecha y algunos en la izquierda es absolutamente falsa: los gobernantes soviéticos no son impulsados por la expansión militar ilimitada. (Los eventos trascendentales del 1989 lo han hecho obvio, pero siempre fue obvio para los auténticos marxistas.) El argumento inverso ofrecido por los apologistas soviéticos de que la URSS ama la paz es también falso. Algunos izquierdistas que “defienden a la Unión Soviética” en el presente debido a su pasado proletario se imaginan que nuestro análisis, que distingue entre la agresividad menos potente de la URSS y la occidental, apoya tal línea. Pero no la apoya: defender a la URSS significa defender su porción del botín imperialista mundial, “su esfera de intereses”, su imperio interno.

Mas aun, la defensa de la Unión Soviética significa defensa de la división del mundo donde el factor clave es la dominación occidental. El rol de la URSS en el imperialismo mundial es rústicamente análogo al rol del Partido Demócrata en el capitalismo norteamericano: se asocia al progreso y la paz con el propósito de traicionar los sentimientos y movimientos de masas por el cambio (y cuyas luchas retan potencialmente la existencia del sistema). No es accidental que los defensores mas ardientes de la URSS tienden a caer en fila para defender a los Demócratas imperialistas y a los frentes populares de colaboración de clase.

Aun en una confrontación directa entre la URSS y una potencia imperialista tradicional, la victoria para los soviéticos significaría no el fin del imperialismo sino el fortalecimiento del dominio del victorioso – militar y económicamente. Los EE.UU. es la superpotencia más agresiva, buscando más activamente extender sus esferas de influencias. Esto no constituye una razón para defender al otro; y como veremos mas adelante, los realineamientos venideros llevaran más seguramente a la URSS a alianzas con otros imperialistas.

El error fundamental de la posición defensiva consiste en su confusión entre un estado retrogrado y uno progresista. Los “defensistas soviéticos” ven la ausencia de la exportación de

capitales como un aspecto progresista. De hecho, la exportación de capitales con el propósito de la ingestión de plusvalía es reaccionario; pero también refleja la escala internacional de la economía moderna y la sobre madurez del mundo para la transformación socialista. Los estados obreros en los países avanzados también enviaran cantidades enormes de capital al extranjero – no con el propósito de extraer plusvalía sino con el propósito de enviar los valores de uso que necesitarían los estados obreros menos avanzados. El fracaso de la URSS en exportar capitales demuestra la severa contradicción de un sistema a la vez avanzado y atrasado en lo extremo. Como en los primeros años del siglo, la Rusia es otra vez un ejemplo deslumbrador del “desarrollo desigual y combinado” de Trotsky.

El rol de la URSS es defendido por los izquierdistas que se rebelan contra la propaganda del Occidente de la Guerra Fría justificando el comportamiento soviético. Por ejemplo, el periodista radical Alexander Cockburn justifica el acuerdo de Yalta del 1945 y el hecho de que “Stalin aterrorizó políticamente y explotó económicamente a Europa oriental” comentando cínicamente que “Alemania había reclamado por lo menos 20 millones de vidas rusas. La remoción de fabricas, las indemnizaciones acordadas por los Aliados, parece una penalidad de lo mas suave”. Eso parece ser bueno únicamente en lenguaje nacionalista. Declarado en términos de clases la lógica es menos convincente: ya que los gobernantes de Alemania habían masacrado a mas gentes soviéticas que los mismos stalinistas, era únicamente justo que los stalinistas se vengasen de los pueblos trabajadores de Alemania – y de Europa oriental también. Precisamente por esta razón los bolcheviques recriminaron la aceptación de las demandas de indemnizaciones de guerra de parte de los victoriosos por los socialdemócratas posterior a la Primera Guerra Mundial. Son una demanda imperialista y no socialista.

En resumen, la defensa de la Unión Soviética significa defender, o en detente o Guerra Fría, un apoyo fundamental del sistema imperialista en su totalidad.

El nacionalismo stalinista

Dirigido por Rusia y China, el bloque stalinista en su momento cumbre, arrojó a un cuarto del globo terráqueo y dominó una tercera parte de la población mundial. Pero tan pronto alcanzó su cumbre – mostró señales visibles de aflicción – no solamente por la crisis económica que azotó a todo el mundo capitalista posterior al *boom* de postguerra sino también debido a las tensiones internas que desgarraban al bloque. De igual manera, esto tuvo un efecto mayor sobre las relaciones inter-imperialistas.

Los motines de la clase obrera alemana-oriental del 1953, el levantamiento polaco del 1956, y la revolución húngara del mismo año turbaron no solamente a los gobernantes stalinistas. John Foster Dulles, el reaccionario Secretario de Estado de la administración de Eisenhower en los EE.UU. ante los movimientos obreros mencionados., discontinuó sus llamamientos a “un regreso a una etapa anterior al comunismo”. Las confrontaciones de los húngaros contra los tanques de guerra y su creación de consejos obreros constituían una fuerza muy peligrosa. Los EE.UU. abruptamente comenzaron a alentar la más realista “via polaca”.

Esta alternativa, simbolizada por el anterior dirigente máximo del partido comunista polaco, Wladislaw Gomulka, comenzó con una política reformista de concesiones limitadas a las masas en protesta. Pero también incluía un cuidadoso llamado al nacionalismo polaco. Gomulka entendía que el stalinismo podía sobrevivir en Polonia únicamente si alcanzaba algún apoyo

popular, y eso requería que se finalizara la patente dominación rusa. Gomulka no tenía la intención de expulsar a los soviéticos del país; por el contrario, él era simplemente un stalinista nacional que había obtenido la simpatía de las masas debido a su victimización por Moscú. Únicamente a través de tal figura podía el partido gobernante frustrar la amenaza proletaria.

La ruta a esta alternativa había sido preparada por la ruptura yugoslava con la URSS en 1948. Occidente aprendió en ese entonces que los stalinistas nacionales podían oponerse a la dominación soviética y abrir sus países a la penetración capitalista. (Tito fue a tal extremo que apoyó al lado imperialista norteamericano en la Guerra de Corea.) Las erupciones posteriores a la muerte de Stalin convirtieron tales soluciones en algo más urgente. Posterior al 1956, el régimen de Kruschof remendó sus relaciones con Tito, de esta manera, algo parecido a la escisión de influencia 50-50 sobre Yugoslavia concebida por el Tratado Churchill-Stalin en Yalta.

En Hungría la alternativa polaca falló. Los stalinistas nacionales dirigidos por el Primer Ministro Imre Nagy y el héroe militar Pal Maleter se encontraron pillados entre la decepcionante diplomacia soviética y los obreros intransigentes, y no les fue posible seguir un curso independiente. Como resultado las fuerzas soviéticas fueron enviadas a aplastar la revolución, y los esfuerzos de alcanzar un acomodo “pacífico” entre el Occidente y la URSS se atrasaron durante años.

Los eventos del 1956 lanzaron al desorden las teorías de la extrema izquierda sobre el stalinismo. En el caso del grupo de Shactman, con toda su oratoria fogosa acerca de la destrucción del stalinismo, su respuesta a los eventos en Hungría fue concentrarse sobre las demandas democráticas en vez del derrocamiento socialista del estado. A un nivel más profundo, la concepción de que la clase productora bajo el stalinismo no era verdaderamente proletaria encaró un problema de calamidad. Por que, si no era proletaria, ¿entonces los obreros revolucionarios construyeron clásicas instituciones proletarias de poder dual? Entonces las revueltas obreras, junto al rompimiento del monolito stalinista que ellos [los shactmanistas] defendían, socavaron la teoría de que el sistema stalinista era el sucesor dinámico del capitalismo en decadencia.

La corriente “trotskista ortodoxa” rival fue también sacudida por las revueltas obreras; estos también se inclinaban a acomodarse a los llamados a favor de la democracia de los stalinistas de izquierda. Analizaremos la totalidad de su teoría en el capítulo siete.

El aspecto nacionalista de los levantamientos contra la dominación soviética hace surgir una pregunta fundamental: ¿Por qué se hizo tan prevalente el nacionalismo si el stalinismo se había deshecho del capitalismo? Después de todo, para los marxistas el estado-nación no es un fenómeno supra-histórico: surgió en la época capitalista de la historia como producto de las necesidades burguesas para romper los obstáculos pre-capitalistas a la acumulación, para unificar a los territorios lo suficientemente grandes para el comercio capitalista y desarrollar un lenguaje común. De igual manera, los movimientos nacionales surgieron con la creación de los estados-naciones.

El nacionalismo en Europa oriental no es simplemente un eco del pasado capitalista sino un componente esencial de las luchas anti-stalinistas – debido a los rasgos de la sociedad stalinista. De hecho, la debilidad específica del imperialismo soviético – el hecho de que sin una

exportación de capitales significativa no era capaz de proveer ni siquiera una semblanza de beneficios para sus satélites – a veces convertía su dominio mucho más abiertamente opresivo que el del imperialismo occidental. El nacionalismo de los estados sometidos infectó hasta las burocracias que habían sido escogidas cuidadosamente por su lealtad a Moscú. Cada estado intentó construir su propia economía nacional más allá del punto de la “racionalidad”; esto reflejaba no solamente los intereses de la URSS en mantenerlos aparte sino también los intereses de los burócratas nacionales en la construcción de sus propias bases de poder aun a expensas de sus “camaradas” al otro lado de la frontera.

Stalin instigó purgas en cada una de las dependencias europeo-orientales para eliminar a poderosos burócratas calificados como “titoistas” y desleales; los oficiales judíos fueron particularmente seleccionados para la extirpación con la esperanza de estimular el chovinismo nacional pro-ruso. Pero ni siquiera una señal de terror logró suprimir el nacionalismo. Se extendió más lejos: a China, Vietnam y a Camboya en los años sesenta; a Rumania y Checoslovaquia, donde se salió de los límites en el 1968; a todos los estados stalinistas, incluyendo a las repúblicas soviéticas, en el presente. En el Occidente, el “eurocomunismo” floreció al interior de los partidos comunistas, una profundización de las fuerzas centrifugas que Trotsky había señalado hace un tiempo. A pesar de las teorías derechistas del “imperio malévol” y los izquierdistas “postcapitalistas”, el bloque stalinista ha sufrido de tantas confrontaciones políticas y guerras escuálidas como cualquier otro grupo balcanizado de estados generalmente aceptados como capitalistas. Y en el presente el nacionalismo desenfrenado desgarró a la URSS.

Sin embargo, el nacionalismo no le brinda una respuesta a las necesidades de la masa de sus seguidores. No es una coincidencia que ha sido utilizado conscientemente como una desviación de la lucha de clases. Igual a que Moscú no tiene otra alternativa que sufrir la ola de movimientos anti-rusos, las autoridades occidentales también lo prefieren como una alternativa sabia a la revolución proletaria. Pero el nacionalismo es una espada de doble filo. Occidente ha aumentado su apoyo a Gorbachov tratando de controlar el desmembramiento de la URSS, en el interés de la estabilidad mundial.

El imperio en retroceso

Cuando las condiciones de la crisis mundial salieron de nuevo a la superficie a finales de los años sesenta, los stalinistas necesitaban ayuda para contener sus potencialmente agitadas poblaciones. Se vieron obligados a salir del aislamiento relativo de su bloque y convertirse en parte integrante de la estructura económica mundial. Todos los países del capital estatificado, incluyendo hasta a la ultra-aislada Corea del Norte, aumentaron su comercio y se embarcaron en acuerdos de producción conjunta con firmas occidentales. Su plan consistía en expandir intensamente mediante la importación de tecnología occidental y el pago de la misma a través de la exportación de materias primas junto con bienes producidos con las técnicas importadas.

Debido a que las economías de su propio bloque también se empeoraban, los financieros occidentales estaban ansiosos de proveer préstamos a Oriente. Esperaban que la disciplina stalinista sobre los obreros, especialmente la prohibición de huelgas, les permitiese una tan alta explotación que garantizase un repago rentable.

En la realidad, la productividad inherentemente retardada del stalinismo y su creciente crisis económica, produjo resultados contrarios a los esperados. El bloque oriental aumentó no sus exportaciones manufactureras sino su deuda estatal al Occidente, que aumento por un factor de diez durante el periodo 1971-81. Como resultado, Oriente, como el Sur tercermundista, todavía importan bienes manufacturados del Occidente y exporta principalmente materias primas. También exporta bienes manufacturados de más baja calidad al Sur a cambio de materia prima y divisas convertibles, que a cambio se utiliza para ayudar a pagar su déficit de deuda con el Occidente. Aunque es militarmente comparable con el Occidente, el bloque soviético (ahora menos China) no es capaz de competir efectivamente en los mercados mundiales ni con los poderíos occidentales que tienen una productividad mayor o con los países tercermundistas que tienen trabajadores de mas baja renumeración.

El deterioro interno del stalinismo fue un problema para Occidente. Henry Kissinger, que dirigía la política externa norteamericana a principios de los años setenta, estaba esperanzado en construir una Sagrada Alianza para reprimir la ola de revoluciones que amenazaba con cubrir al mundo. El centro de su política consistía en mantener la superioridad norteamericana al fundir a todos los estados imperialistas de Europa occidental, Norte América y Japón. Esto significaba tratar de sobreponerse a las rivalidades (en las cuales los EE.UU. perdían terreno) con el propósito de mantener su agarre sobre los países semi-coloniales. Esta alianza central descansaba sobre socios regionales como Irán, Sud África, Brasil e Israel para mantener el orden en el Tercer Mundo.

El final de la Guerra de Vietnam en el 1975 le permitió a Washington reducir sus perdidas y mantener al resto de la estructura imperial intacta. También permitió relaciones amistosas con China y el “detente” con Rusia. Los gobernantes soviéticos, sin embargo, no aceptaron el apegamiento absoluto al “status quo” de Kissinger. Para asegurarse de que sus propios intereses no fuesen desviados, demandaron un nivel de sociedad mayor en la estabilización de regiones claves como el Medio Oriente. También apoyaron a dirigentes problemáticos – como Assad en Siria, Qaddafi en Libia y Arafat en la Palestina – como fichas de negociaciones para su entrada a la sociedad de potencias mundiales. Los soviéticos nunca alcanzaron sus deseos, pero mantuvieron su lado del acuerdo y defendieron al sistema imperialista en su totalidad. Donde quiera que auxiliaran las luchas anti-imperialistas como en Angola o Nicaragua, lo hacían para proteger sus propios intereses y para prevenir que revoluciones democrático-burguesas se convirtieran en revoluciones socialistas.

La debilidad stalinista se convirtió en un problema para Occidente de igual manera debido a que la amenaza soviética no se podía utilizar tan frecuentemente para sostener unido al bloque occidental. El miedo al diablo ruso ya no atemorizaba a los obreros militantes de las confrontaciones con los patronos. Ni podían pintar como conspiradores causantes de cada vicio domestico a los colaboracionistas partidos comunistas occidentales. De igual manera, las luchas nacionalistas revolucionarias ahora estallaban sin la mano restrictiva de Moscú conteniéndolas dentro de contextos seguros. Y a la altura de mediados de los años setenta la inquietud obrera en Europa oriental se dejo sentir ampliamente una vez mas.

La política externa de Occidente tenía que confrontar una variedad amplia de problemas. La crisis económica socavaba la hegemonía norteamericana, conduciendo al liderato alemán de Europa occidental y una restaurada esfera de dominación económica japonesa en Asia. El

“trilaterismo” de Jimmy Carter y Zbigniew Brzezinski fue diseñado para mantener a los EE.UU. como dirigente y policía del Occidente, bajo condiciones donde Alemania y Japón se veían obligados a asumir un asiento trasero. Esta fue una estrategia temporal, imposible de mantenerla a largo plazo.

Carter revivió la vieja estrategia norteamericana de “democracia”. Buscaba contener la creciente lucha de clases mundial obligando a los regimenes más opresivos del bloque occidental – Sud África, Chile, la Nicaragua de Somoza, Irán – a aceptar una fachada más benévola. La adopción de sistemas pluralistas estaba dirigido a fortalecer el dominio burgués incorporando a los disidentes de clase media (incluyendo a los negros en Sud África) y por estos medios comprando los lideratos de las masas en revuelta.

En la URSS, donde Kissinger había tratado simplemente de apoyar el viejo orden, Carter y Brzezinski trataron de obligar a adoptar reformas a los testarudos stalinistas a través de una campaña de “derechos civiles”. Reconocieron que el stalinismo había perdido su atracción ideológica y corría el riesgo de una revuelta desestabilizadora. En los Acuerdos de Helsinki, los EE.UU. reconocieron oficialmente a Europa oriental como el dominio de Moscú a cambio de promesas de aflojar su estructura económica y social. De esta manera Carter envió ayuda rápidamente al reformista régimen de Gierek en Polonia que encaraba revueltas obreras en el 1976. Su portavoz en la ONU Andrew Young resumió la estrategia hacia el stalinismo:

“Mi sentido es que a los rusos al comenzar a evolucionar, van a tener mas que menos problemas. El hecho de que los estamos ayudando a bregar con estos pocos disidentes en el presente los preparara mas abajo para bregar con una generación masiva de disidencia que probablemente ocurrirá dentro de los próximos diez años en la Unión Soviética”.

Young fue perspicaz sobre el futuro stalinista pero no tanto con relación a la habilidad de los gobernantes, de Oriente y Occidente, a contener el descontento. La paja que le rompió la espalda al camello de la campaña de “derechos humanos” fue el derrocamiento en 1979 del Shá de Irán, el hombre fuerte del pro-americanismo en el Tercer Mundo. Allí el stalinismo no fue capaz de desviar las masas: su colapso ideológico había desacreditado al “marxismo”, i.e., al capitalismo seudo socialista nacional. Como resultado la revuelta se canalizó a una respuesta rival a los horrores de la opresión: el fundamentalismo religioso “anti-imperialista” que se desarrolló a un fascismo clerical nacional chovinista. Otro esfuerzo de Carter también colapsó, el intento de integrar a los rebeldes nicaragüenses a un régimen reformado de Somoza. Obviamente, hacia falta un nuevo giro.

El realineamiento imperialista

Cuando las reformas burguesas fallan, la alternativa consiste en la promoción indeseable de la guerra. Los soviéticos proveyeron la oportunidad al invadir ~~a~~Afganistán. Esperaban pocos problemas debido a que sus metas coincidían generalmente con las del imperialismo: la estabilidad del Medio Oriente y del Golfo Pérsico. Brezhnev pensaba que tenía un acuerdo donde los norteamericanos se encargarían de Irán y los rusos de Afganistán. Pero la estrategia falló.

La segunda Guerra Fría fue iniciada por Carter pero trajo a Ronald Reagan al poder, ya que la burguesía norteamericana requería de una línea mas dura. Domésticamente consistía de más armas y menos mantequilla, para demostrarle a la clase obrera quien mandaba en el país. Los

embargos económicos contra Afganistán y Polonia aumentaron la presión sobre las asediadas economías stalinistas. Los EE.UU. armaron y ayudaron a los movimientos contrarrevolucionarios contra los regimenes que se inclinaban hacia la izquierda a través del mundo: Nicaragua, Angola, el gobierno impuesto por Vietnam en Camboya, como al de Afganistán. A cierto grado funcionó El equipo de Reagan entendía lo que los liberales y la Izquierda no entendían: la competencia militar/económica debilitaría más aun a la URSS que ya estaba asediada por una economía en crisis. La guerra económica de Reagan socavó mas aun la economía norteamericana continuando su transición a “primero entre iguales” desde un poder hegemónico. Japón y Europa tuvieron que invertir en una decreciente economía de EE.UU. para mantener intacto al Occidente.

Aun durante la resucitada Guerra Fría, el capital Occidental continuó preocupado sobre la inestabilidad del bloque soviético. Margaret Thatcher a un lado, y los dirigentes europeo-occidentales al otro siempre estuvieron menos que devotos a la línea del Moscú satánico, prefiriendo mantener relaciones rentables con Europa oriental. Los EE.UU. profundizaron sus relaciones con China con el interés de conseguir trabajo de renumeración menor y para mantener la presión contra los rusos. Pero al declinar la amenaza soviética y aumentar las rivalidades imperialistas tradicionales, también necesitaba aperturas hacia la Europa oriental. Posterior a la supresión del movimiento obrero por el General Jaruzelski en Polonia (ver el capítulo ocho), un órgano importante del imperialismo norteamericano evaluó las alternativas de acuerdo a los dictados de la explotación:

“La imposición del control militar en Polonia podía a largo plazo ser reasegurante para los acreedores occidentales, si proveía mas estabilidad económica, un fin a las inquietudes obreras y un aumento de la productividad obrera – aunque fuese a punta de bayoneta. Pero a corto plazo no existe garantía que esto ocurriría, y las incertidumbres podrían hacer mas nerviosos a los prestamistas occidentales sobre el continuo salvataje de los polacos”.

La debilidad económica soviética pronto condujo a una crisis de la ideología de la Guerra Fría: no se puede concebir un diablo sin cuernos. Ya que el “imperio malévolo” no cumplía con su parte, Reagan no podía continuar culpando a los soviéticos por todas “las inquietudes que ocurrían”, como había hecho durante su campaña durante las elecciones del 1980. La Guerra Fría anduvo en dificultades, y había que inventar un nuevo enemigo. De allí surge la campaña contra el “terrorismo internacional” en la cual miles de victimas tercermundistas habían sido asesinadas. Pero aun tales enemigos como Gadafi, Jomeini y Castro no son convincentes como originarios omnipotentes del mal sin el poder soviético que los respalde. La “guerra contra las drogas” arrastrada para llenar la brecha fue también un sustituto muy pobre, aunque le permitió al imperialismo norteamericano desplegar sus fuerzas contra las inquietudes en los países tercermundistas.

Cuando Gorbachov asumió el poder, su aguda percepción de la emergencia soviética condujo a un esfuerzo total hacia el acomodo. Aun más que antes, la URSS necesitaba créditos y tecnología de Occidente; su anhelo por la paz era evidente. La política soviética giró hacia un acuerdo con Occidente, esperanzados de arreglos en Afganistán y en otros lugares y un esfuerzo común para prevenir que la guerra Irak-Irán se saliera de control. La diplomacia de Gorbachov utilizó exitosamente las diferencias entre Europa y los EE.UU. y jugó con los sentimientos a favor de la paz del público occidental. Sus esfuerzos convirtieron el dilema de Reagan mas aparente y

condujeron a más o menos finalizar oficialmente la Segunda Guerra Fría en diciembre del 1987, cuando los dos superpoderios realizaron una fiesta de amor de una semana de duración en una conferencia cumbre en Washington.

Parte del acuerdo consistió en la salida soviética de Afganistán, los arreglos en Angola y Camboya, y el plan de paz Arias en Centroamérica. Pero como dijera Lenin de acuerdos diplomáticos similares en sus tiempos, la alternativa imperialista a la guerra es la paz imperialista – que conduce a las guerras imperialistas. La Unión Soviética ha sido un enemigo natural desde la Segunda Guerra Mundial. Pero la situación mundial cambia rápidamente. Se esclarece crecientemente que los rivales principales de los EE.UU. en el presente son sus competidores económicos, Japón y Alemania. A pesar de los intentos de cada administración para preservar las alianzas tradicionales norteamericanas, la burguesía se encuentra crecientemente obligada a seguir unas políticas proteccionistas contra sus verdaderos blancos.

Todo señala hacia un rearrreglo de los bloques imperiales, como ocurrió a principios de la Segunda Guerra Mundial. Si la guerra mundial se pospone por un tiempo, el enemigo principal de los EE.UU. no será la URSS sino Alemania o Japón, o ambos. Nuevas rivalidades imperialistas se van a manifestar indudablemente por controversias sobre el Medio Oriente y otras regiones primordiales para la explotación, tales como ~~la~~ China o la mas industrial región soviética y europeo-oriental. En este caso la URSS servirá como un socio menor económico de un lado o el otro (como durante la última guerra mundial); sus fuerzas armadas nucleares y convencionales servirían como sus fichas de regateo más valiosas.

La caída de la bolsa de valores en el 1987 le provocó a uno de los principales magnates de Wall Street y el Partido Demócrata a sobreexpresarse gráficamente sobre el cambio del balance de poder mundial:

“Aquí nosotros y los soviéticos estamos gastando tanto dinero en la defensa y las armas nucleares mientras que los japoneses están ganando la Tercera Guerra Mundial sin siquiera poseer una sola arma nuclear. Nos convertimos en un poderío económico de segunda clase y los soviéticos en un poderío económico de tercera clase, y los dos países que son de primera clase, Japón y Alemania, no poseen ningún poder militar real. Esto es absurdo”.

Y así es, y por lo tanto la dirección de la política burguesa de todos lados será corregir el desbalance. Japón se militarizara más de lo que esta en el presente, los EE.UU. buscaran sobreponerse a su debilidad económica mediante una seria política de austeridad, y Alemania tratara de extender su Ostpolitik de vínculos económicos y políticos con los stalinistas europeo-orientales. Se habla en las cumbres de un posible nuevo “Plan Marshall” para Europa oriental, permitiendo inversiones para estas economías anémicas con el propósito de extraerle ganancias y posponer las revueltas. Comenzando en el 1988, una delegacion occidental marchó hacia Moscú para ofrecerle préstamos e inversiones. Los EE.UU. también comenzaron a acercarse a Polonia y Hungría. Posterior a las revueltas del 1989, inversion se convirtio en una avalancha. Pero las condiciones económicas del *boom* de posguerra del capitalismo mundial no permiten el mismo nivel de ayuda destinado a la recuperación que fue posible en los años cuarenta.

Durante varias décadas, el stalinismo y su ideología de nacionalización sirvieron bien al capitalismo. Fue un baluarte contra la revolución en Europa; canalizó el levantamiento en China

hacia una vía sin salida nacionalista; persuadió a los trabajadores y campesinos en innumerables revoluciones tercermundistas que las burguesías nacionales compartían sus intereses; fue un apoyo reformista para el capital de los países imperiales. Pero todo eso ha cambiado. La URSS no es capaz de ni siquiera apoyar las desintegrantes economías de sus satélites tradicionales, mucho menos podrá a los nuevos. Siempre ha rehusado hacer para los gobernantes pro-stalinistas de la asediada Nicaragua lo que hace por Cuba, y a finales de los años ochenta también comenzó a retirarse de la Europa oriental.

Los gobernantes de Oriente y Occidente encaran un dilema abrumador: necesitan una crisis catártica total para limpiar los capitales obsoletos y centralizar sus economías para reestablecer la rentabilidad. Pero la cantidad de empresas que se verían obligadas a someterse a la cura es tan grande que un colapso todavía no se puede arriesgar: no son únicamente sus efectos económicos impredecibles sino también la respuesta de la clase obrera. Y el colapso de los regímenes europeo-orientales demuestra que la contención de crisis no está enteramente bajo el control de la clase dominante. Ya que el sistema no es capaz de proveer muchas reformas liberales, las fuerzas económicas continuarán creando una crisis mayor. Las principales estrategias económicas de los años ochenta – reformas nacionalistas en Oriente, proteccionismo en Occidente – son medidas sustitutas utilizadas en lugar de un reavivamiento real – que va a requerir unas medidas mucho más profundas sobre los estándares de vida de la clase obrera de lo que han sido posibles hasta ahora – de las cuales Europa oriental es el primer terreno de prueba.

La debilidad del stalinismo no significa que sus programas reformistas fútiles son inofensivos. Pueden sentar las bases otra vez para el fascismo ya que la solución capitalista para otra alza sostenible consiste en un momento de derrotas violentas de la clase obrera y una nueva centralización de capitales. Mientras que el stalinismo ya no es capaz de proveer cuadros para lograr el apoyo que necesita el capitalismo, el fascismo que se basa en las esperanzas distorsionadas para una alternativa radical canalizada a través de un programa racista y anti-izquierdista, si lo puede. (El régimen iraní de fundamentalismo religioso ya ofrece tal modelo.) Si los reformistas y stalinistas desvían a la clase obrera de las soluciones revolucionarias entonces compartirán la responsabilidad de tal derrota. En el presente, la cuestión de la revolución proletaria se plantea de forma más tajante en los mismos países stalinistas.